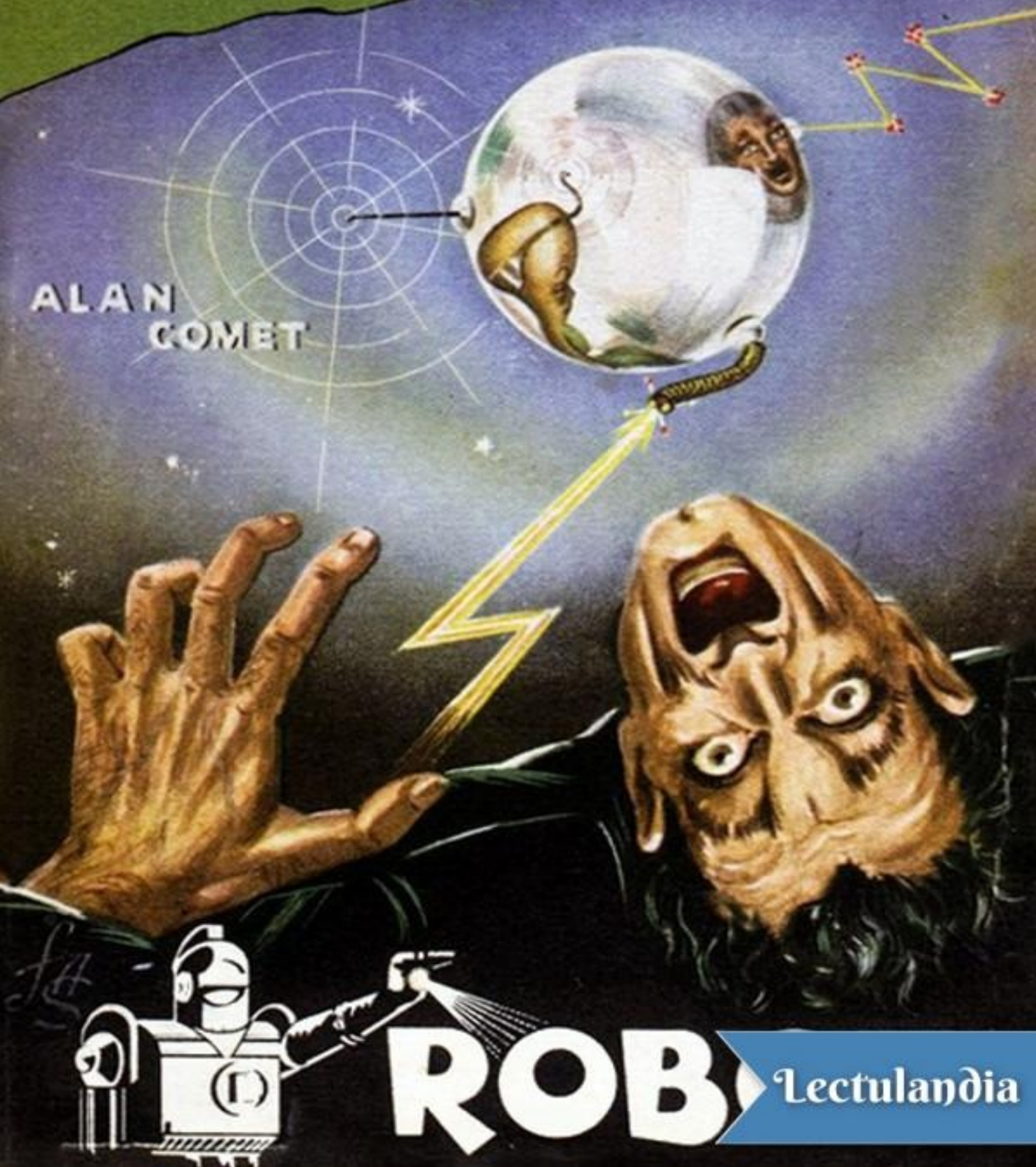


Los MICRO-ROBOTS de Saturno

ALAN
COMET



ROBO Lectulandia

El «año de Saturno» es, naturalmente, el tiempo que el Planeta tarda en recorrer la órbita alrededor del Sol. Ese tiempo se traduce, exactamente, en veintinueve años y medio. De ahí se derivan las edades de los personajes del Imperio Saturnal que aparecen en esta novela.

Lectulandia

Alan Comet

Los microrobots de Saturno

Robot - 3

ePub r1.0

Thalassa 25.03.16

Título original: *Los microrobots de Saturno*

Alan Comet, 1955

Retoque de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«SAURI SANAIS TSCHARA...»
(Canto indio).^[1]

¡No nos fiemos demasiado de la Ciencia! Ella es como un Dragón, cuya cabeza más avanzada —la Física— está suspendida sobre la pobre Humanidad.

¡No fiarse de los cómodos adelantos que la Ciencia nos entrega para que nos regocijemos considerándonos como infinitamente inteligentes! Todo eso, no es otra cosa que los hipócritas cantos de las Sirenas que atrajeron a Ulises...

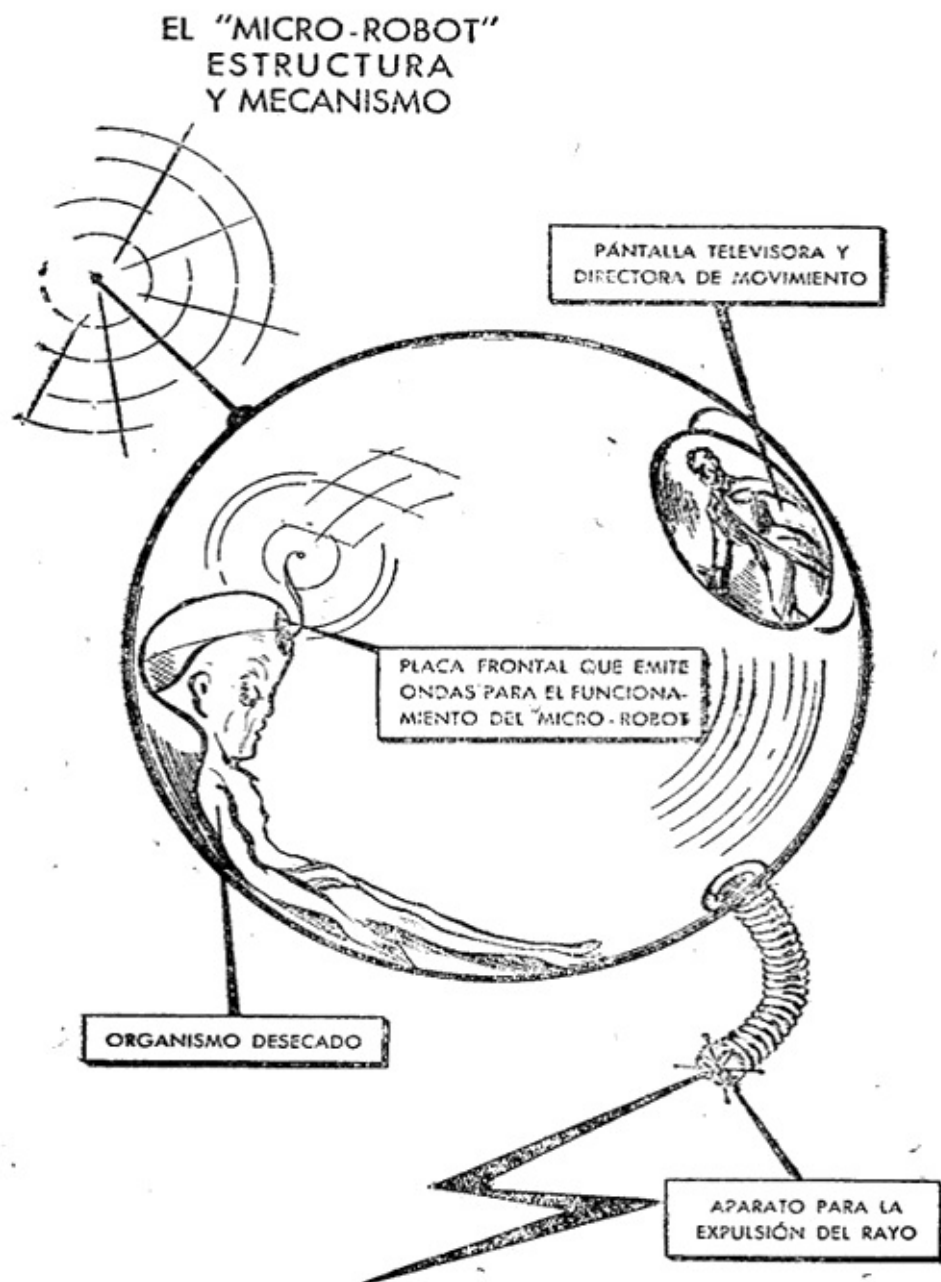
Con el fantástico desarrollo de la Ciencia, el Hombre, que hace 10 000 años vivía semidesnudo en las cavernas, ha osado mirar al Cielo con una Soberbia que dice muy poco de la Inteligencia que pretende poseer.

¡No nos fiemos!

Hay en el fondo de la Ciencia, cuando ésta se desata e intenta hacer de la criatura humana un Demiurgo, una risotada tremenda y espeluznante, que no puede provenir más que... del Maldito.

ALAN COMET.

EL TIEMPO Y LAS EDADES VITALES EN SATURNO



El «año de Saturno» es, naturalmente, el tiempo que el Planeta tarda en recorrer la órbita alrededor del Sol. Ese tiempo se traduce, exactamente, en veintinueve años y medio. De ahí se derivan las edades de los personajes del Imperio Saturnal que aparecen en esta novela.

IGH

Soberano del Imperio, Cuarto Rey del mismo nombre y descendiente de la

poderosa Dinastía de los Uzl, que ha reinado durante xx siglos de Saturno. Tal larga Época, traducida al tiempo terrestre, significa la enorme Cifra de 59 000 años de la Tierra, Igh IV es un Rey bondadoso producto de una vieja civilización en la que, antes de su Dinastía, hubo otra que duró igualmente 59 000 años. La Cultura de los Hijos de Saturno se extiende, pues, a 118 000 años. ¡Una larga y fructífera Civilización!

Pero..., a pesar de todo, el Orgullo, la Ambición, el Odio y otras cosas tan terribles, existían aún.

WÜGS

La belleza y el amor han resistido también una viejísima Civilización. La hija de Igh, la princesa Wügs, parece sacada de un relato fantástico...

Y es que, a pesar de los siglos transcurridos, de la técnica y de los adelantos fabulosos, la dulzura y la ilusión de una muchacha, son capaces de aniquilar la fuerza de la orgullosa Ciencia. Quizá esto demuestre que, contra todos los pesimistas de los tiempos futuros, podemos tener aún algunas esperanzas de que lo que hay de bueno en el Hombre perdure...

ZLW

El jefe del gobierno. El favorito del Rey Igh IV.

¿Es posible que después de cientos de miles de años de civilización se produzcan cosas de tal género? Es posible...

Una Dinastía, en la que falta un varón para perpetuarla, presenta y presentará siempre graves problemas. Zlw está prometido, por Real Orden, con la princesa. En este caso no se ha contado con la Ilusión, ni con el Amor.

Pero, desde los tiempos más remotos, hay un vencedor que nada se le opone...

MSLG

¡También la Ciencia es buena!...

La mano que la maneja, el cerebro que la posee, los fines a que se dedica... ¡Eso es lo importante!

MSLG ha descubierto un «camino» para que los «micro-robots» lleguen a la lejana Tierra desde Saturno. En él no hay pasión, ni envidia, ni orgullo. Sólo desea que su pueblo, condenado a muerte, siga floreciendo en otro cuerpo sideral.

SHÖZ

¡El Biólogo!

¡La Máquina Desecadora ha salido de sus manos! Sin ella, la esperanza de los Hijos de Saturno no hubiese pasado de ser un sueño vano.

¿Lo fue al fin?

Shöz pensó que todo sería un rotundo triunfo. Para ello trabajó y logró reducir, por desecación, el cuerpo de los Hijos de Saturno a una diminuta dimensión que les hacía parecer larvas. El reguló el riego sanguíneo del cerebro, para que la inteligencia

no muriese durante el largo viaje. El hizo posible aquella fantástica aventura...

ASGH

¡La Ciencia en manos de la Maldad!

Este es el ejemplo vivo de lo que sería una Ciencia poderosa en manos criminales. En el fondo del podrido corazón de Asgh, la ambición ha acabado de corroer todo lo poco que quedaba de humano, convirtiéndole en la presencia del Maldito sobre los mundos.

El, el «cibernético», el creador de maquinas y de robots, inventó las esferas que harían posible la huida de los Hijos de Saturno, que no deseaban desaparecer en su Planeta moribundo...

Pero Asgh deseaba ser el Amo, el Dueño absoluto de algo que no le pertenecía. Y para lograr sus malévolos fines utilizó su demoniaca inteligencia que le condujo a la Traición, al Asesinato y a la...

STGW

En todos los relatos hay un Quijote...

El joven general de Astronaves de Saturno, Stgw, fue el Caballero Andante de esta historia. Como el inmortal manchego, Stgw fue impelido por un poderoso motor del espíritu... ¡El Amor!

¿Fracasó en su tarea?

Dejemos que las páginas pasen y los que acabasen de leer lo que viene detrás que juzguen. Sólo ellos, imparciales en la tremenda lucha de dos Mundos, podrán hacerlo con completa imparcialidad.

ROWL

Un arrepentido...

Sin él, en su pequeño papel de sacrificio, esta historia no pedía haberse escrito. Y esto se dice así, claramente, para aquellos que sólo creen en los personajes importantes. La vida demuestra, por el contrario, que, a veces, las más, un héroe anónimo, un personaje secundario, un ser sin importancia, es el que mueve verdaderamente la Historia...

HJKIL

El jefe de los Condenados...

Su destino era la más horrible de las Muertes. Pero, en el fondo de su corazón, la justicia y la bondad no habían muerto y, seguramente, no morirían jamás...

LAS EDADES

Años terrestres

Igh IV, el Rey, tenía 100 años de Saturno.....	2950
Wügs, su hija, la princesa, 20 años de Saturno...	590
Zlw, el jefe del Gobierno, 30 años de Saturno...	885

Mslg, el físico, igual edad que el Monarca
Shöz, el biólogo, igual edad que el físico
Asgh, el «cibernético», 50 años de Saturno..... 1475
Stgw, el joven general, 30 años de Saturno..... 885

Acabas de conocer los Personajes, sus características, sus edades, su procedencia. Todo esto puede parecerte extraño, paradójico, fantástico...

Sigue leyendo, por favor...

Y si, después de acabar este relato, cuando abras la ventana de tu hogar y mires la infinidad del Espacio, sientes en el alma una intranquilidad emocionante, una sensación de pequeñez, una admiración ferviente hacia todo lo Creado, me sentiré completamente satisfecho.

Pero si, además, logras encontrar al lento Saturno en camino de pasar uno de sus interminables años y recuerdas la historia de los «micro-robots», mi alegría y mi reconocimiento no tendrán límites...

PRIMERA PARTE

AMENAZA HORRIBLE

Wügs, al acabar de recorrer la distancia que la separaba del mirador, tomó asiento sobre uno de los bancos de ónix, donde sobre un verde intenso como el fondo marino de los grandes lagos de Saturno, se dibujaban vetas de un bello color amarillo.

Reclinada sobre la balaustrada, donde apoyó sus desnudos brazos, Wügs miró hacia abajo. Allá, en el fondo de la brillante escarpada, casi enteramente cubierta de jardines, se extendía Talepa, la capital del Imperio, hasta donde alcanzaba la vista.

Las cúpulas multicolores que remataban los edificios brillaban pobremente ya. La hora IX acababa de sonar no hacía mucho y la oscuridad iba aumentando progresivamente.

Levantando la mirada, la muchacha se enfrascó en la observación del cielo, como solía hacerlo muy a menudo, desde hacía poco tiempo. Hasta ahora, la contemplación del espacio que rodeaba al planeta había sido una inagotable fuente de placer que la sumía en ensueños fantásticos. Pero desde que oyó la conversación que tuvo su padre con Mslg, el físico del Imperio, el cielo la causaba un cierto temor que llegaba a producirle estremecimientos... sin saber exactamente por qué.

Los anillos formaban un sector circular que recortaba preciosamente el horizonte. La luz, al chocar con los millones de partículas cósmicas que los formaban, tamizaba, a la hora Novena, un colorido repleto de malvas que predisponía a aumentar la melancolía en que estaba sumida la muchacha.

Por encima de los anillos, Mimas, Enceladus, Thethys y Dione, las cuatro «lunas» visibles en aquella época del año brillaban intensamente^[2]. Para Wügs aquellos satélites eran como cuatro navíos que surcasen un camino de luz indecisa, antes de hundirse en la negrura de la noche.

Esperar era doloroso y ella esperaba, desde hacía ya muchos días, el regreso de Stgw, el general de las Astronaves, y a quien amaba profunda y sinceramente. Quizás su tristeza actual se acentuase por aquel tremendo problema sentimental que tenía planteado.

Destinada por imperial orden, la de su padre Igh IV, de la Dinastía de los Ulz, que reinaban sobre Saturno hacía veinte siglos, a ser desposada por Zlw, el jefe del gobierno, su inclinación hacia el joven general de Astronaves era completamente ignorada por todos. Pero, sobre aquel problema íntimo, el «otro», resultado de la conversación oída sin querer, tomaba un mando absoluto sobre su espíritu, haciéndola temblar de pavor.

Por ello, su mirada hacia el bello cielo, en el que seguían caminando los cuatro satélites, tenía algo de rencor hacia un misterio que su corazón femenino temía entrever. Sus veinte años, deslizados en la cómoda y fácil vida de una princesa imperial, no habían conocido más órdenes que la del rey, su padre. Pero ahora se empezaba a percatar que el potente Igh IV tenía por encima el poder terrible que se

ocultaba en la inmensidad del Espacio.

Su corazón empezó a latir con una mayor intensidad cuando descubrió, en el temido cielo, las llamas que surgían de las máquinas potentes de las Astronaves.

¡Stgw regresaba!

Todos sus temores se desvanecieron como por encanta. Sin esperar a que las Astronaves se posasen en las amplias plataformas aéreas en las que aterrizaban, la joven corrió velozmente hacia Palacio. Debía arreglarse para la cena a la que, indudablemente, su padre invitaría a Stgw.

La noche saturnal caía velozmente sobre el planeta. Una iluminación rosada brotó de la ciudad haciendo que el aire copiase las tonalidades que surgían de los focos urbanos. Allá lejos, al fondo de la llanura, se distinguían las manchas luminosas de otras grandes, ciudades del Imperio.

Ante el enorme espejo que ocupaba una pared entera en su habitación, la princesa se hizo desvestir por sus servidoras. Todas ellas, como Wügs misma, iban vestidas a la moda de aquel siglo xx de Saturno.

Cortas faldas de saturplax, imprimidas de colores vivos y que las hacían parecer lindas jugadoras de tennis. Una blusa de la misma sustancia moldeaba sus torsos jóvenes incrementando la belleza de aquellas mujeres. A pesar de la frialdad del clima en Saturno, los gigantescos generadores térmicos, que estaban en directa comunicación con el magma^[3] del Planeta, permitían un modo de vestir ligero que la moda había estilizado al máximo.

De cortos cabellos, profusamente rizados, en un complicado encaracolamiento, las mujeres de Saturno poseían el aire de las antiguas amazonas. Altas, esbeltas, quizá algo demasiado fornidas, hacía pensar en las Walkyrias de la Mitología germana.

El espejo copiaba fielmente la esplendorosa belleza de la hija de Igh. Su cutis blanco y suave ofrecía la frescura de una vida sana. Tenía un óvalo perfecto, la nariz pequeña y de borde afilado y dos hermosos y grandes ojos, cuyas pupilas verdosas brillaban intensamente.

Pronto estuvo preparada y los adornos de metales preciosos y piedras que recubrían sus vestiduras, ensalzaron de positiva manera sus juveniles encantos.

Una de las servidoras le trajo, como final de su atuendo, una corta capa blanca de primorosa manera. Sobre el dorso de aquella prenda, las insignias reales: tres estrellas azules sobre la imagen de Saturno, en oro, distinguían aquella joven de todas las del Imperio.

Después de contornearse con coquetería ante el espejo, Wügs sonrió satisfecha. Estaba segura que su amado Stgw la encontraría bella como ninguna otra mujer. En cuanto a su prometido oficial, Zlw, el jefe del Gobierno..., mejor era no pensar, por el momento, en aquello...

Paseó impaciente esperando que la señal luminosa de que era requerida apareciese. Haciendo un esfuerzo, dominó el curso pesimista por el que se encauzaba su pensamiento, al pensar en lo que se discutiría en la sobremesa. Ella no entendía

muy bien todas aquellas disquisiciones de los sabios del Imperio, pero entreveía la gravedad por el solemne tono de las palabras que anunciaban tan extrañas cosas.

La luz indirecta, que parecía brotar de los muros, parpadeó graciosamente.

La joven sintió una extraña sensación en su pecho en el que el temor, la emoción y el placer se asociaban de rara manera. Luego, sin poder detener su impaciencia un instante más, corrió alocadamente, bajando la escalinata de jade al una velocidad vertiginosa.

Una vez en la planta baja aminoró su marcha y respirando con fuerza, para vencer la emoción que la embargaba, dirigióse, más despacio, hacia el comedor real.

La intensidad de la luz que surgía misteriosamente de las paredes de aquella estancia poseía una tremenda intensidad. Una mesa de más de quince metros de larga, lujosamente ornada, presidía la totalidad de lo que allí había por su indudable grandeza.

Seis hombres se volvieron hacia ella.

Si alguien hubiese podido observar los ojos de los presentes, hubiese descubierto cosas interesantes respecto a las reacciones individuales que experimentaban ante la aparición de la muchacha.

Un par de ojos, los del rey, expresaban el orgullo de ser el padre de aquella deliciosa criatura. Otro par, el del jefe del Gobierno, brillaban de un deseo que estaba seguro de satisfacer cuando Wügs fuese su esposa. Dos pares más, los de los dos sabios: Mslg, el físico, y Söz, el biólogo, patentaban una completa indiferencia. Las pupilas del joven general ardían de pasión, mientras los ojos pardos de Asgh, el «cibernético», se encendían de un afán libidinoso y cruel...

Indiferente a las miradas que no fuesen la del hombre al que amaba, la princesa se avanzó hacia ellos. Inmediatamente y por turno de rigurosa etiqueta, fue besada en las mejillas por todos los presentes.

Así era el saludo educado que los Saturnales hacían a las mujeres.

La magnífica, comida que se sirvió seguidamente enfocó la atención de todos. Los manjares se sucedían, en pequeñas dosis que no hacían más que excitar el apetito para el plato siguiente.

Los criados corrían sin parar de un lado para otro, procurando que nada faltase a los importantes comensales. Bebidas, dulces y pequeños platos, que constituían verdaderas obras de arte culinario, se sucedieron hasta que Igh IV, con un gesto breve, dio final al banquete.

Seguidamente pasaron a un salón, de dimensiones reducidas, en el que había una mesa imponente. Los asientos fueron ocupados de ordenada forma y la princesa quedó a la izquierda del rey, cuya diestra estaba ocupada, por indiscutible derecho, por el jefe del Gobierno, Zlw.

El rey, después de lanzar una aguda mirada circular, fijó sus ojos en el joven general Stgw. Este, comprendiendo que el monarca se iba a dirigir a él, dejó de mirar a la joven princesa.

—General —empezó diciendo Igh IV— esperamos su informe con una verdadera impaciencia.

Stgw se levantó solemnemente.

—Obedeciendo a las instrucciones del Consejo del Imperio, he realizado un viaje de inspección hacia el exterior de nuestro sistema; exactamente hasta nuestro satélite más alejado: Phoebe. Los once millones setecientos ochenta mil kilómetros que nos separan de él no han hecho más que confirmar los temores del Consejo...

Se detuvo, mientras observaba los serios rostros de los sabios. Mslg, el físico, fue el primero en reaccionar.

—¿Ha podido comprobar desde Phoebe el aumento de densidad de nuestro anillo? —inquirió.

—En efecto, profesor —repuso el joven—. Las películas tomadas con teleobjetivo desde allí, muestran claramente que nuestro anillo se va condensando constantemente y de una manera muy rápida.

Tomó asiento de nuevo.

El silencio que se hizo tenía una trágica expresión que se leía en los rostros de los presentes. Finalmente, Mslg se levantó.

—Desde hace muchos siglos —dijo— nuestro Planeta es cada vez más difícil para la vida. Todos nuestros esfuerzos para seguir adelante han sido inútiles. El problema —agregó después de una corta pausa— reside en el enfriamiento progresivo de la superficie de Saturno. La luz del Sol, que tarda en llegar hasta nosotros cinco cuartos de hora, llega ya, de por sí, con una extrema debilidad. Si agregamos a esto la inexistencia del anillo, que detiene la mayor parte de la luz solar, podemos darnos cuenta de la lucha que ha tenido que desarrollar nuestra Civilización para evitar una muerte cierta. Gracias a la utilización del fuego interior del Planeta, hemos podido ir venciendo las rudas condiciones en que nos colocó el destino. Pero..., desde hace solamente unos meses, los informes que recibimos de nuestros Centros Industriales instalados en la proximidad del magma son, cada vez, más desalentadores. Durante más de dos mil años hemos aprovechado el calor central del Planeta. Naturalmente, tenía que llegar el momento en que tal tesoro se acabase.

Wügs, que había permanecido atenta hasta entonces, se sintió invadida por una curiosidad que brotaba de su propia angustia. Empezaba a cansarse de oír palabras y palabras que no poseían para ella significación alguna. Una sed de claridad y de verdad la impelió a salirse de las normas estrictas de aquellas reuniones de las que solía salir con un horrible dolor de cabeza.

—¿Quieren explicarme de una vez lo que ocurre?

Su padre la miró sorprendido. Era la primera vez que ella se atrevía a inmiscuirse en asuntos del Consejo del Imperio.

Durante una cortísima fracción de tiempo, Igh IV estuvo a punto de ordenar a su hija que abandonase prestamente el salón. Pero, dada la situación especial y creyendo que la joven tenía derecho a saber la verdad, su adusto rostro se esclareció con una

sonrisa de comprensión.

—Sí, pequeña —dijo con voz dulce—. Voy a explicarte la desgracia que amenaza el Imperio. Nada se opone a que lo sepas, ya que no sabemos aún si encontraremos una fórmula para salvarnos.

La joven se estremeció proveyendo los horrores que iba a escuchar.

—Dentro de poco y debido a que la luz del Sol no llega hasta nosotros con la fuerza necesaria —dijo el monarca—, nuestro planeta volverá a ser lo que era para nuestros antepasados. Una helada mansión que les obligó a refugiarse en las entrañas de la Tierra. Allí encontraron el calor del fuego que ardía en el interior del Planeta y pudieron sobrevivir. Pero sus existencias eran miserables, ya que vivían como seres salvajes, quizás como las bestias más desamparadas... Luego, a medida que su inteligencia se desarrollaba, consiguieron darse cuenta de que aquel calor interno podía ser conducido hasta el exterior. ¡Habían logrado un gran triunfo! De seres inmundos, cavernícolas y degenerados, se convirtieron en seres normales que podían vivir, como era su derecho, sobre la superficie del Planeta en que nacieron. Así, lentamente, fueron progresando hasta que nacimos nosotros. Dos reinos, dos Dinastías mandaron a los habitantes desde el instante en que salieron a la superficie. Cada una de ellas duró exactamente dos mil años. La primera, según recordarás por los libros de Historia que has estudiado, fue la de Lzty, la segunda es la tuya, amada hija, la de los Ulz, a la que perteneces.

La mano izquierda del rey se había posado sobre el blanco hombro de la joven.

—Pero el fuego interno de Saturno que era nuestra vida, se está extinguiendo. Nada podemos hacer y nuestras esperanzas de que el mortal anillo que nos rodea se fuese disolviendo y aclarando han resultado vanas. Ya acabas de oír las palabras del general Stgw que ha realizado un viaje para comprobar nuestra desdicha...

El silencio cayó pesadamente sobre los presentes.

—¿Y que podremos hacer, padre?

La joven sentía una angustia horrible que se iba apoderando de ella. Sus ojos, sin que pudiese hacer nada para evitarlo, se dirigieron hacia el joven general. En aquel acto, en el que olvidaba toda prudencia, no había más que la manifestación sincera de sus sentimientos. Cuando el amor le ofrecía todo lo que ella pudo soñar, la amenaza de un catastrófico fin era algo contra lo que su joven corazón protestaba vivamente.

Su elocuente mirada golpeó fuertemente el corazón de su prometido oficial, Zlw. En cuanto a las grises pupilas de Asgh, el «cibernético», tomaron un inquietante tono acerado.

Igh no se había percatado de nada. Ensimismado, buscaba una adecuada respuesta a la pregunta que le había formulado su hija.

—No sé aún lo que haremos, pequeña —dijo—. Todas nuestras ilusiones están puestas en nuestro cibernético, Asgh. A él dejo la palabra, ya que es el único que puede darnos una salida a este horrible problema.

Los ojos de la princesa se posaron en Asgh. Este se había levantado y su mirada

estaba detenida sobre la joven con una intensidad tan expresiva que Wügs se ruborizó muy a pesar suyo.

—Noble princesa —empezó a decir Asgh con una voz hipócritamente melosa—, todo mi esfuerzo está dirigido y enfocado a lograr la fórmula de poder escapar de esta tumba flotante en que, de aquí a poco, se convertirá Saturno. Nuestra Astronomía nos ha hecho aprender que existen planetas más favorecidos que el nuestro en los que podríamos fundar un nuevo imperio floreciente...

Wügs sonrió encantada de aquella aventura que a su juvenil espíritu le parecía maravillosa.

¡Un nuevo Imperio! Quizás tuviese la suerte de vencer la tenaz oposición que ofrecía su padre y lograr que admitiese el amor que bullía en su corazón.

¡Un nuevo Imperio y a su cabeza Stgw y ella! Una felicidad que no se atrevía ni a formular. Su mirada fue peligrosamente hacia su amado. Luego, deseando más precisiones que le reclamaba su fantasía...

—¿Y hacia dónde iríamos, sabio Asgh?

Este sonrió misteriosamente. Aquellas palabras encuadraban perfectamente con sus pensamientos.

—«Nos» iremos, princesa —recalcó adrede la primera palabra—, hacia alguno de los planetas que están cerca del Sol. De todas las observaciones hechas, la Tierra parece el más adecuado. Las manchas que se ven sobre su superficie demuestran la existencia de una vegetación lujuriosa; su atmósfera es clara, casi diáfana..., en fin, un verdadero paraíso para seres que, como nosotros, han vivido en una semioscuridad tenebrosa...

Wügs cerró los ojos, dejándose llevar por el ensueño que la embargaba.

—¡La Tierra! —exclamó con un Suspiro—. ¡Qué lejos estamos de ella! Me parecerá mentira el día en que podamos sentir la caricia del Sol en medio de una luminosidad maravillosa... —luego, abriendo los ojos—: ¿Habrán habitantes allí?

Asgh levantó los hombros en un gesto de indiferencia.

—Lo más probable —dijo— es que no los haya. Pero si los hubiese se trataría de seres en un estado elemental, ya que ese planeta es mucho más joven que el nuestro. Seres —repitió mientras sus ojos brillaban cruelmente— a los que será muy fácil imponer nuestro mandato.

—¿Y cómo cubrir la enorme distancia que nos separa de la Tierra? —inquirió la joven, con una curiosidad cada vez más despierta.

—Ahí reside el nudo de mi invento, princesa. Sólo espero la confirmación de nuestro gran físico, Mslg.

Este se levantó a su vez.

—Mis comprobaciones respecto a su teoría, profesor Asgh —explicó—, son completamente satisfactorias. Todo, naturalmente, depende de la consistencia de sus... —se frotó la barbilla buscando el término que no consiguió encontrar.

—«Micro-robots» —completó Asgh.

Mslg completó sus ideas.

—Si los «Micro-robots» poseen la consistencia suficiente para las enormes velocidades que han de soportar, podremos conseguir llegar a la Tierra en un tiempo aproximado de tres horas y treinta y tres minutos.

La joven se llevó la mano a los labios para reprimir un gesto de asombro.

—¡Es imposible! —exclamó— ¿A qué velocidad tendremos que trasladarnos entonces?

El físico la miró fijamente.

—A unos cien mil kilómetros por segundo. Es decir, un tercio de la velocidad de la Luna. Sólo así podríamos vencer las fatales leyes físicas del Espacio. En realidad, como no contamos con ninguna clase de vehículo para ir, hemos de utilizar el único método a nuestro alcance: la luz.

—¿LA LUZ?

Wügs no salía de su asombro. La cabeza empezaba a darle vueltas al ponerse en contacto con aquellos horripilantes problemas de los que no entendía ni una sola palabra.

Su padre intervino en aquel momento.

—Ya sabes lo fundamental, hija mía —dijo—. Ahora vas a irte a descansar porque esta reunión ha tocado a su fin —acarició la rubia cabeza de la joven—. No te preocupes, pequeña. Todo lo que hacemos es por el bien de una raza que no merece el fin que el Destino la ha destinado. Cuando salgamos de aquí nuestro único deseo será volver a ser lo que ahora somos.

La muchacha, después de ser besada por todos los presentes, en señal de despedida, abandonó el salón.

Una vez en su habitación, se paró un instante ante el espejo dejando cabalgar su imaginación por las ignoradas regiones de aquel Planeta al que debía ir. Con los ojos entornados, se encontró en un maravilloso paisaje de aquel Planeta lejano que sería el final de un formidable viaje a través del Espacio.

Alejándose del espejo, se fue aproximando al inmenso ventanal que comunicaba directamente con su azotea. Consultando el reloj magnético que llevaba colgado del cuello, pensó que su amado no tardaría en llegar.

Una vez en la terraza contempló, esta vez sin temor, sino por el contrario, con una sincera simpatía, la brillante superficie del cielo, por la que seguían caminando las cuatro «lunas» visibles. Con la noche, el anillo había desaparecido por completo.

Wügs rememoró todo lo que había oído acerca de aquel terrible anillo que era como un nudo corredizo que se fuese cerrando implacablemente alrededor del pobre Planeta. Pero ahora, tras la lejanía del cielo, una esperanza se abría para ella. No podía dejar de pensar en aquel maravilloso cuerpo celeste a donde emigrarían para escapar a la muerte cierta que iba avanzando hacia Saturno. Allí, en compañía de Stgw, la vida volvería a ofrecer todo lo que ella se atrevía a pedirle.

Un suave siseo, que no llegaba a ser silbido, la hizo sentir un estremecimiento.

Impelida por el ansia de encontrarse entre los fuertes brazos del general, corrió por la terraza hacia el rincón en donde solían reunirse.

En efecto, Stgw estaba allí. El la recibió en sus brazos, inclinándose después para posar sus labios sobre los de la muchacha.

—¡Querido! —exclamó ella cuando, finalmente, legró desasirse de la viril caricia del general—. ¡Qué contenta estoy! No puedes imaginarte cómo deseo que ese maravilloso viaje llegue a realizarse ¿Cuándo será?

—Muy pronto —repuso él, sin dejar de acariciar los rizados cabellos de la joven—. ¡Seremos muy felices!

Desde el rincón del jardín, en el lugar que se hallaba oculto, Asgh, el cibernético del Imperio, sonrió enigmáticamente.

—¡Y muy felices que seremos! —exclamó entre dientes.

LA MAQUINA DESECADORA

La Cibernética, la prodigiosa ciencia de los robots, de los mecanismos autodirigidos y de otras mil maravillas, había alcanzado un fabuloso desarrollo en Saturno.

Durante los veinte siglos en los que había reinado la dinastía de los Uzl, el progreso técnico se desarrolló de una forma imponente, alcanzando en aquellos dos milenios saturnales —59 000 años para los habitantes de la Tierra— habían contribuido a que la cibernética se desarrollara completamente, principalmente en los últimos años, gracias a los estudios de Asgh. Este sabio había conseguido, después de que le fue planteado el grave problema que se cernía sobre el Planeta, encontrar la fórmula adecuada para que veinte millares de habitantes pudiesen escapar de la cierta muerte que les amenazaba.

En colaboración con Shöz, el biólogo, resolvía en los momentos presentes la más árida cuestión para poder hacer viable su fabuloso proyecto.

El monarca, acompañado de su inseparable jefe de gobierno Zlw, penetró en el laboratorio, dirigiéndose directamente hacia la pareja de sabios que observaban una brillante esfera, a la cual se unían una multitud de cables.

Igh IV no solía visitar los laboratorios del reino y pedía decirse que aquella era la primera vez que entraba en el del profesor Asgh. Antes de hablar, examinó curiosamente la enorme esfera.

—¿Qué es eso? —inquirió dirigiéndose al cibernético.

Asgh señaló a su compañero.

—El profesor Shöz puede explicarle de lo que se trata, majestad. Ha sido él quien ha ideado esta máquina desecadora.

—¿Máquina desecadora? —volvió a inquirir Igh IV.

El biólogo asintió con la cabeza. Seguidamente:

—Mi máquina desecadora es una realidad que ha tenido que crearse para hacerse posible nuestra entrada en los «micro-robots» ideados por mi compañero. Debido a la pequeñez de estos aparatos, único medio posible de poder abandonar nuestro Planeta a la velocidad que necesitamos hacerlo para llegar a nuestro destino, necesitamos reducir nuestros cuerpos a una dimensión muy reducida. Como ya sabemos —prosiguió diciendo— nuestro organismo posee una gran cantidad de agua. La totalidad de nuestros tejidos está como embebida en ese líquido que constituye una gran parte de nuestro volumen. La máquina desecadora nos reducirá a seres diminutos, de la misma manera que muchas semillas, al perder el agua, se convierten en seres tan minúsculos que flotan con el polvo de la atmósfera. La falta de agua no nos perjudicará en absoluto, ya que como he calculado, podremos mantenernos de esta forma un largo año^[4]. En cuanto lo deseemos, volveremos a tomar la apariencia que ahora tenemos.

—¡Estupendo! —Lanzó el monarca. Luego, dirigiéndose a Asgh, inquirió—.

¿Podría ver esos maravillosos «micro-robots»?

El cibernético asintió con la cabeza.

—Podemos ir ahora mismo a verlos, si su majestad desea.

Igh IV mostróse infantilmente contento de la posibilidad que se le ofrecía de conocer aquellos extraños vehículos en los que iban a realizar la huida del Planeta moribundo.

Después de salir del laboratorio de Shöz, subieron sobre un cómodo y ancho tapis-roulant que les condujo hasta la entrada del misterioso laboratorio del cibernético.

Pocas personas podían vanagloriarse de haber penetrado en aquel recinto. Sólo los íntimos de Asgh lo habían hecho en contadas ocasiones. Una serie de mecanismos de defensa, inventados por el propio sabio, hacían sumamente peligroso el acercarse a la puerta tras la cual se encerraban siniestros secretos de la técnica.

Tras pulsar un resorte, la puerta se abrió, dejando paso a los visitantes. Extraños y gigantescos aparatos ocupaban la mayoría de las inmensas salas que componían el laboratorio. Máquinas cuyas siluetas eran de una fantasía que tocaba lo irreal y sobre las cuales las chispas de tremendas descargas eléctricas saltaban de gigantescas esferas negras a otras semejantes que formaban los ánodos y los cátodos como mundos luminosos en un constante errar por el espacio.

Después de atravesar, con un cierto temor pintado en el rostro, aquellos infernales mecanismos que iban elaborando por sí solos fenomenales reacciones físicas, el rey, seguido de los sabios, pasó a otro enorme salón.

Una serie de estrechas galerías, en forma de canal, dominaban casi totalmente la existencia de algunas máquinas que perdían importancia ante aquellas largas y curvas canalizaciones.

El cibernético, con un gesto, hizo que sus acompañantes se acercasen a uno de aquellos canales en cuyo interior circulaban multitud de transparentes esferas.

—Hasta ahora —dijo con voz profunda— he logrado preparar muy cerca de los quince mil «micro-robots». Todos ellos están ya poblados por diez mil hombres y cinco mil mujeres. Aquí —señaló el movimiento de las esferas que pasaban ante los atónitos ojos de sus acompañantes—, está la futura población del Imperio que deseamos instalar en el Planeta al que vamos a dirigirnos.

Igh IV, con los ojos muy abiertos, contemplaba el ir constante, sobre una ligera capa de líquido, de las minúsculas esferas que pasaban ante él.

—¡Cuánto me gustaría tener una entre mis manos!

Obedeciendo a la real orden, el cibernético dio sus dedos en el líquido y sacando una de las esferas, que no medía más de tres centímetros de diámetro, se la alargó al rey, quien la tomó entre el índice y el pulgar de la mano derecha con sumo cuidado.

Incapaz de divisar nada, la acercó a sus ojos, exclamando seguidamente.

—¡Hay algo que se mueve ahí dentro!

Parecía un niño al que acabasen de obsequiar con un nuevo y original juguete.

Sus pupilas brillaban con una infantil alegría.

Las palabras que pronunció Asgh lograron borrar por completo la alegría que ornaba el rostro del monarca.

—¡Claro que hay algo ahí dentro! Acabo de decir que los «micro-robots» están habitados. Cada una de esas esferitas llevan dentro un ser humano que la máquina desecadora del profesor Shöz ha reducido a su mínima expresión.

—¿Y con este tamaño —arguyó el rey—, es posible que hayan conservado la vida?

Esta vez fue el propio biólogo el que contestó:

—La máquina desecadora no hace más que disminuir el tamaño del organismo. En realidad, y en su primera fase, reduce todo. Luego, por medio de un control especial, respeta un cierto tamaño del cerebro, al tiempo que paraliza totalmente la vida de cintura para abajo. Los pobladores de los «micro-robot» no se sirven, ni se servirán mientras estén dentro de las esferas, de sus piernas y brazos. Lo que necesitan, el cerebro, se mantiene en funcionamiento gracias a que el corazón y los pulmones no han sufrido más que un achicamiento como todo el resto.

Igh IV no salía de su asombro.

—Entonces... ¿Cómo podrán regir el aparato que los contiene?

Shöz indicó a su compañero con un gesto.

—El profesor Asgh podrá explicarle el por qué.

—Los «micro-robots» —empezó a decir el aludido— están preparados de forma a que obedezcan las ideas de su dueño. Cada ser que pilota un «micro-robot» posee un aparato que le ciñe la cabeza y que no es otra cosa que un «traductor electromagnético» que convierte los pensamientos en órdenes que el «robot» obedece ciegamente. De esta manera, no se necesitan para nada las manos, ya que no hay que realizar ningún movimiento.

—¡Es sencillamente fantástico! —exclamó el monarca. Luego, como si algo nuevo le preocupase, inquirió—. ¿Poseen estas esferas algún modo de defensa?

Una sonrisa de triunfo entreabrió los labios del cibernético.

—Todo eso ha sido ya pensado, majestad. Aunque estamos casi seguros que el Planeta Tierra estará deshabitado, tenemos que curarnos en salud y por ello he dotado a estas esferas no solamente de mecanismos defensivos, sino de medios contundentes de ataque.

—¿Cuáles son? —preguntó el curioso monarca.

—Cada «micro-robot» está dotado de un aparato que lanza, bajo la orden del que lo pilota, un fuerte chorro de rayos «omega», capaces de alcanzar, a su salida, una temperatura de cinco mil grados. De esta manera, aunque desconocemos qué clase de enemigos podremos encontrar en la Tierra, estamos casi seguros que no resistirán nuestra arma defensiva.

Igh IV había fruncido el entrecejo. Desde hacía muchísimos años, mucho antes de que él subiese al trono, la paz reinaba ya sobre Saturno. La memoria de la guerra se

había perdido por completo y la sola enunciación de una posibilidad de combatir, preocupaba intensamente a la real persona.

Fué el biólogo el que se percató del estado anímico del rey.

—Hay muy pocas posibilidades —dijo con voz dulce— de que tengamos que utilizar esas armas, majestad. Una vez lleguemos a la Tierra, procederemos casi inmediatamente a abandonar los «micro-robots».

—Y... ¿cómo hacerlo?

—Ese mismo tubo destinado a lanzar los rayos «omega» —explicó el cibernético— servirán para absorber el agua necesaria para volver a alcanzar nuestro tamaño natural. La desecación desaparecerá rápidamente y nuestros hombres, como nosotros mismos, podrán proceder a cumplir las órdenes de su majestad.

Este, completamente complacido, tornó a sonreír. Las últimas palabras que Asgh había pronunciado, sirvieron para deshacer la angustia que se estaba apoderando de su espíritu.

—¿Cuándo tendremos que meternos ahí dentro?

—Mañana por la noche. El aparato que ha preparado nuestro físico Mslg está a punto. Gracias a él, podremos salvar el millón doscientos setenta y ocho mil kilómetros que nos separan de la Tierra.

* * *

La hora Décima caía sobre el Planeta.

En el interior de sus habitaciones, la princesa Wügs miraba enternecida todo lo que había vivido con ella desde su nacimiento. Cada objeto guardaba un emocionado recuerdo en su corazón.

Las joyas que había heredado de su madre. Los regalos que recibió en cientos de fiestas, entregados por las manos de sus más apasionantes admiradores. Los propios muebles y los adornos que habían hecho de sus habitaciones un delicioso y elegante nido en el que jamás se había considerado como prisionera.

Saliendo a la terraza, acercóse al rincón de la balaustrada en el que solía recibir a su amado. Todo allí estaba repleto de su aroma y cada rincón de la piedra, que el artesano había bordado en fantásticas figuras, guardaba el recuerdo de una caricia, el sonoro eco de un beso o el rumor de una promesa pronunciada junto al oído.

Levantando los ojos, la muchacha miró al cielo, entonces vacío de satélites y un involuntario estremecimiento la hizo cerrar con más fuerzas el chal que llevaba sobre sus desnudas espaldas.

«Pronto atravesaré ese negro espacio, rumbo a lo desconocido».

Aquel pensamiento le hizo sentir una punzada de congoja en el corazón. ¡Cuánto le hubiese agradado que la ciencia del cibernético la hubiese permitido viajar, en un mismo «micro-robot», en compañía del hombre al que amaba!

No entendía mucho de lo que iba a ocurrir, a pesar de haber oído que solamente en algo más de tres horas llegarían a la Tierra. Pero, la visión anticipada de aquel temible Espacio, viajando sola, reducida a una especie de repugnante larva, en el interior de una esfera, la causaba una desolación incontenible.

Cerrando los ojos, para evitar que las lágrimas que se estaban formando en sus párpados saliesen de allí, giró los talones dirigiéndose de nuevo a su habitación.

Rowl, el mensajero del profesor Asgh, la estaba esperando.

—Debe darse prisa, princesa.

Ella apenas le miró. Sus pensamientos estaban muy lejos de allí y sentía unas enormes ganas de negarse a hacer aquel terrible viaje que le procuraba ya, antes de empezarlo, un horroroso pánico. Finalmente, tras echar una emocionada y última mirada a su alrededor:

—¡Vamos! —ordenó.

Un rapidísimo vehículo la condujo hasta el laboratorio del cibernético. Una vez allí, la escalera mecánica la llevó, en compañía de su guía, a los profundos sótanos en que estaba situado el centro de investigación que regía Asgh.

Fue este el que la recibió personalmente.

—Buenas noches, princesa —saludó, acompañándose de una graciosa reverencia—. Su real padre, los demás sabios, el jefe del gobierno y el general Stgw, están ya en sus correspondientes esferas. Solamente falta su alteza.

Ella volvió a estremecerse, sin saber exactamente por qué. El saber que todos sus seres queridos la estaban ya esperando, acrecentó un poco más el escaso valor que poseía.

—Si desea ver las esferas que contienen ya nuestros prohombres... —incitó malévolamente el sabio.

—¡No, no! No quiero verles.

Tal idea la aterrorizaba tremendamente. No le hubiese importado, en realidad, contemplar a los sabios o a cualquier otro habitante de Saturno. Pero ver en una de aquellas ridículas esferas, reducido a algo tan repugnante como un gusano, al hombre que amaba, era una cosa que no hubiese podido en forma alguna resistir.

Familiarmente, el cibernético la tomó por el brazo, conduciéndola a la cámara a la que se había trasladado la máquina desecadora.

Abriendo la enorme esfera, descubrió una especie de metálico sillón dotado de correas para sujetar fuertemente el cuerpo.

—Cuando su alteza desee.

Una sonrisa enigmática desvió un tanto los finos y pálidos labios del sabio.

Wügs, después de cerrar los ojos durante un instante, se dejó subir a aquel monstruoso trono. Inmediatamente después de haber ceñido las correas, Rowl, el ayudante del cibernético, cerró la curva puerta metálica.

—Vigila la operación —ordenó éste.

Apretando uno de los botones rojos que dominaban un complicado cuadro de

mandos, Asgh se alejó mientras la máquina empezaba a rugir intensamente.

Dentro de muy poco tiempo, el cuerpo de la princesa estaría reducido a un tamaño que le permitiese permanecer dentro de un «micro-robot». En tanto que se alejaba, el sabio se sentía profundamente satisfecho de la marcha de los acontecimientos. Nunca se hubiese atrevido a soñar que el enfriamiento de Saturno iba a proporcionarle la ocasión que, inútilmente, había acariciado desde hacía mucho tiempo.

Jamás se atrevió a demostrar públicamente el sentimiento que experimentaba hacia la princesa y que, además de ser un objetivo puramente carnal, poseía el aliciente de ser el único camino hacia un mando con el que había siempre soñado.

Su existencia entre máquinas que le obedecían ciegamente, había llegado a dilatar monstruosamente su egocentrismo, hasta convertirlo en una megalomanía que no cabía ya en su podrido corazón.

Ahora, cuando se dirigía a realizar la acción que le pondría en situación de convertirse en el jefe del nuevo Imperio, Asgh sentía el nerviosismo que la inminencia de dar aquel paso le proporcionaba.

Tras abrir una puerta, su rostro, que hasta entonces expresaba una dureza extraordinaria, se desfiguró, merced a un gran esfuerzo, gracias a una hipócrita sonrisa que le hizo parecer amable y sumiso.

Ocupando sendos sillones, el monarca, Zlw jefe del gobierno, Mslg el físico y Shöz el biólogo, conversaban plácidamente.

Asgh se inclinó profundamente ante el rey.

—La esfera de su majestad esta preparada —anunció. Luego, dirigiéndose a los otros—. También las de mis ilustres compañeros se encuentran dispuestas.

Igh IV enarcó las cejas.

—¿Y mi hija? —inquirió autoritariamente.

—Su Alteza —repuso el cibernético— está ya dentro de su esfera. Me he permitido evitar a su Majestad un mal momento, como hubiese sido el de una despedida, que sólo será por unas cortas horas. Creo —agregó con una hipócrita humildad— que he obrado cuerdamente.

La mano derecha del rey se posó sobre el hombro del sabio.

—Te lo agradezco de veras, querido Asgh.

Seguidamente, y precedidos por el cibernético, volvieron a la sala en el preciso instante en que Rowl colocaba una esfera en un compartimento especial. Al ver al rey, se precipitó en una respetuosa reverencia.

El monarca se sentía indispuerto. Sin moverse del lugar en que se encontraba señaló, con mano temblorosa el recipiente donde Rowl acababa de dejar la esfera.

—¿Mi hija? —inquirió con un gesto de patente pánico.

Fue Asgh quien contestó.

—En efecto, Majestad —agregando después con una fina, ironía en la voz—: ¿Desea ver la esferita que contiene a Su Alteza?

Igh IV retrocedió vivamente dos pasos.

—¡No es necesario! —musitó con voz ronca, mientras extendía las dos manos hacia delante, con las palmas abiertas, como si desease impedir algún maleficio.

Momentos más tarde, el propio rey tomaba y asiento en el sillón metálico contenido en la enorme esfera de la máquina desecadora. Uno tras otro, las personas que quedaban por sufrir aquella transformación fueron convirtiéndose en pequeñas y horribles criaturas, que el ayudante del cibernético iba colocando en un nuevo recipiente que le había proporcionado el profesor.

Una vez que los «micro-robots», que contenían a Igh IV, el jefe del Gobierno, el físico y el biólogo, reposaron en la diminuta bandeja en la que flotaban, Asgh lanzó una demoniaca carcajada, cuyos ecos hicieron temblar los tubos de cristal que sobrevolaban el laboratorio.

—¡Ya soy el dueño del Imperio! ¡Nadie me impedirá fundar sobre la Tierra un nuevo reinado que no será el único! Dentro de poco me lanzaré a la conquista del Sistema Solar entero...

Otra nueva carcajada interrumpió su frase. En sus pupilas, la luz de la crueldad brillaba como un carbón encendido.

Acercándose al recipiente, en el que su ayudante había colocado los «micro-robots» que contenían al monarca y a los sabios, lo cogió con ambas manos, mirándolos intensamente, mientras su inextinguible risa le sacudía espasmódicamente todo el cuerpo.

Luego, posando el recipiente sobre el suelo, ¡LEVANTÓ EL PIE DERECHO Y APLASTÓ LAS MINÚSCULAS ESFERAS CON LAS VIDAS QUE CONTENÍAN!

A TRAVÉS DEL ESPACIO

Unida directamente al magma de Saturno, la máquina luminosa que había preparado el difunto profesor Mslg lanzaba un potente rayo azul hacia la infinita negrura del Espacio.

Un dispositivo especial que utilizaba el aire comprimido como motor primordial, iba lanzando, a gran velocidad, las minúsculas esferas en aquel haz lumínico que las englobaba en su veloz marcha.

Los trabajos del desdichado Mslg habían dado como resultado la aplicación de la marcha de la luz como vehículo que pudiese transportar a los «micro-robots» hasta su lejano destino. Conociendo perfectamente la imposibilidad física de trasladarse a la velocidad de la luz^[5], pudo llegar a conseguir, en ensayos definitivos, que las minúsculas esferas fuesen arrastradas por la corriente de «fotones», sin jamás alcanzar su fabulosa velocidad. En efecto, dada la ligera materia que estaban hechos los «micro-robots», podían estos ser arrastrados a una velocidad que llegaba a ser, aproximadamente, un tercio de la de la luz.

Asgh se disponía a penetrar en la máquina desecadora. Su ayudante estaba preparando ya la esfera que debía contener al profesor.

—He montado un aparato especial —explicaba éste— para que tú mismo puedas ocupar tu esfera correspondiente, ya que serás el último en ser lanzado al Espacio —señaló una palanca—. No tienes más que poner en marcha este motor, y una pinza, especialmente preparada, trasladará tu cuerpo a la esfera, que, por si misma, se verterá en el chorro de luz que te hará seguir nuestro camino.

Rowl se hizo explicar varias veces el funcionamiento de aquella máquina que era su única puerta de salida del Planeta. Después, cuando el cibernético hubo penetrado en la enorme esfera de la máquina desecadora, oprimió, un tanto nervioso, el botón que la ponía en marcha.

Mientras el Cuerpo de Asgh se reducía de tamaño a gran velocidad, el ayudante no podía separar su mente de la última labor siniestra que había hecho por orden de su profesor.

Engañando al general Stgw, con una falsa orden real, lo había alejado en una misión ficticia al otro extremo del Imperio. Todo el mal sabor de boca que aquello le proporcionaba nacía del respeto y la admiración que, como todos los habitantes de Saturno, sentía por la personalidad del jefe de las Astronaves.

El joven general se había ganado la simpatía de todos al vencer triunfalmente una rebelión que se produjo en varios satélites a la vez. Aquella sublevación impopular, iniciada por un repugnante grupo de jóvenes ambiciosos, fue velozmente cortada gracias a la valentía personal de Stgw.

En aquellos momentos; Rowl no podía olvidar fácilmente el engaño de que había hecho objeto a un hombre que, ante los ojos de todos, representaba la imagen de un

heroísmo sin mancha.

Una luz verdosa, que se encendió en la parte alta de la esfera, le avisó de que la desecación del cuerpo del cibernético había terminado. Apoderándose de unas largas pinzas, cuyas ramas acababan en dos suaves semiesferas de material esponjoso, por su lado plano hacia dentro, abrió la metálica puerta, apoderándose, con las pinzas, del diminuto cuerpo que yacía sobre el asiento del sillón.

Llevóle después hacia la mesa, y, después de abrir la diminuta esfera, lo introdujo en el interior, volviéndola a cerrar herméticamente.

La corriente de líquido arrastró el «micro-robot» hacia el punto en que el aire comprimido lo lanzaría al haz de luz. En el preciso instante en que la esfera saltó a la luminosidad y desapareció, vertiginosamente arrastrada por ella, Rowl sintió como si acabase de realizar algo profundamente monstruoso.

Durante unos segundos, quedóse mirando al potente rayo luminoso que se llevaba ya, hacia un ignoto destino, la compleja y cruel personalidad del que había sido su dueño absoluto.

Finalmente, se dispuso a realizar sobre él mismo el fantástico experimento. No quería, en forma alguna, quedarse en aquel Planeta sobre el que ya sobrevolaba la Muerte.

Abriendo la puerta metálica de la esfera, se dispuso a penetrar, después de poner en movimiento el mecanismo automático que se encargaría de realizar todas las operaciones que él, una vez desecado y reducido de tamaño, no hubiera podido jamás llevar a cabo.

En el preciso momento que lanzaba una última ojeada a aquel laboratorio, en el que había trabajado largos años, la puerta se abrió violentamente apareciendo en su dintel la atlética figura del joven general, al que había engañado por orden de Asgh.

Antes de que pudiese realizar el menor movimiento de defensa, Stgw se lanzó, en un prodigioso salto, contra él, y el ayudante del Cibernético se vio arrastrado hasta el centro del laboratorio.

—¡Canalla!

El rostro de Rowl tomó un tono verdoso que fue convirtiéndose en un sucio gris a medida que el miedo se apoderaba de él. La luz que brillaba en los ojos del recién llegado no admitía lugar para la menor duda. En aquellas pupilas se leía claramente la



muerte.

—¿Dónde está Wügs?

Rowl se extrañó de la familiaridad que el general utilizaba para nombrar a la princesa. Luego, casi inmediatamente, comprendió el motivo que encerraba todo aquello.

—Está camino de la Tierra.

Stgw miró con rabia el rayo de azulada luz que seguía brotando de la máquina inventada por Mslg.

—¿Y los demás?

—¿Te refieres al monarca, a Mslg, a Zlw y a Shöz? —inquirió a su vez.

—Sí...; ¿dónde están?

—Han muerto.

Un estremecimiento de rabia sacudió el cuerpo del general. Luego, como si escupiese la única palabra que pronunció:

—¿Quién?

—¡Asgh!

—¡Ya me lo imaginaba! Desde el momento que descubrí tu engaño, pensé lo peor. Ese canalla de Asgh no podía resistir la ambición que le dominaba. Y, además..., las pocas veces que tuve ocasión de ver cómo miraba a la princesa me percaté de que sus intenciones eran de lo más sucio, de lo más bajo —cerró los puños con fuerza—. ¡Y pensar que ahora está completamente sola y tan lejos de mi ayuda!

Rowl sintió que un nudo atroz se formaba en su garganta. La generosa idea que acababa de aparecer en su mente, no era la expresión de un intento que cambiase el destino que se leía en las pupilas del general. Por ello, dudó un poco, antes de hablar, deseando que el otro no interpretase aquello como una demanda de clemencia.

—¡Yo puedo hacer que los alcances!

Stgw le miró intensamente. Luego, deletreando duramente:

—¿Crees que puedo escuchar a un traidor como tú?

—Puedes hacer lo que quieras. Comprendo que no creas nada de lo que yo pueda decirte... Merezco el castigo que te proponías aplicarme, y no deseo que mis palabras te hagan creer que quiero pedirte perdón —permaneció unos instantes en silencio—. Acaba de ocurrirme algo. Ha sido como si me desligase completamente con mi pasado, del que me avergüenzo sinceramente. ¡Odio con toda mi alma a Asgh! El crimen que ha cometido ante mis ojos, y por ello me creo tan culpable como él, ha sido verdaderamente horrible.

El joven general sintió nacer en él una conmiseración hacia aquel desdichado que se percataba, demasiado tarde, del tremendo crimen del que había sido cómplice. Sin embargo, aquel humano sentimiento se borró enseguida ante otro, mucho más potente, que estaba ocupando la totalidad de su conciencia.

¡Volver a verla!

¡Poder acudir en su ayuda y sacarla de las garras de un hombre monstruoso de las

que no podría escapar jamás!

—Me has dicho que podrías hacer que los alcanzase o, al menos, que llegaría a la Tierra —clavó sus aceradas pupilas en las del otro—. Voy a ponerme en tus manos. Haré lo que me digas; penetraré en ese infernal aparato y me tendrás luego entre tus dedos como un vil gusano. Podrás entonces hacer lo que tu asqueroso dueño ha hecho con el rey y los sabios... ¡Tu conciencia sólo podrá exigirte el pago de todo el mal que has hecho!

Rowl le miraba como hipnotizado, su alma se estaba abriendo una nueva y maravillosa esperanza. Le parecía que con su sacrificio, quedándose allí, en un Planeta moribundo, podría borrar todas sus faltas.

—¡Siéntate en la esfera, general! Dentro de unos minutos volarás velozmente hacia ellos. Todo mi deseo, ya que yo estoy condenado a morir, es que impidas la fundación de un Imperio de terror bajo la criminal férula de Asgh.

Un poco más tarde, y con las manos temblorosas por la emoción, el ayudante del cibernético cogía entre sus pinzas la larva en que se había convertido el apuesto militar.

Cuando, finalmente, la pequeña esfera, impelida por el aire comprimido, se lanzó al chorro de luz, donde brilló un solo instante, perdiéndose inmediatamente después en el infinito del Espacio, Rowl lanzó una sincera exclamación de júbilo.

Le parecía como si acabase de nacer de nuevo y aquello resultaba tremendamente paradójico en las circunstancias agónicas en que se encontraba el Planeta. Pero la fuerza espiritual de aquel hombre, que creía firmemente haberse librado del terrible peso de sus culpas, convertía en una nada despreciable la amenaza que el Destino había lanzado contra Saturno.

Subiendo ágilmente las escaleras que conducían a la terraza del laboratorio, el ayudante del cibernético avanzó hasta apoyar sus trémulas manos en la fría balaustrada.

Luego, extendiendo el brazo y, al mismo tiempo, su dedo índice, señaló la profunda hondura del Espacio que se extendía ante él.

—¡QUIERA LA POTENCIA DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO QUE EL GENERAL LLEGUE A TIEMPO. SI ESE PLANETA, AL QUE SE DIRIGE NUESTRO PUEBLO, ESTÁ HABITADO, QUE SUS POBLADORES TE HAGAN MORDER EL POLVO, HASTA QUE TU PODRIDA CONCIENCIA TE SALGA POR LA BOCA !

¡ASGH MALDITO! ¡MIL VECES MALDITO COMO A TODO AQUEL A QUIEN SU SABIDURÍA LE EMPUJA HACIA EL MAL! TODOS LOS QUE QUEDAMOS AQUÍ, EN ESTA TUMBA QUE FLOTA EN EL ESPACIO, TE MALDECIMOS CON TODA NUESTRA ALMA.

¡ALGUIEN VA HACIA TI, MALDITO SABIO!

»¡QUE SUS MANOS NOBLES SE CIÑAN A TU GARGANTA, COMO UN CEPO DE ACERO, HASTA QUE PIERDAS UNA VIDA QUE NO MERECESTE

NUNCA!

SEGUNDA PARTE

Y NO FUE UN SUEÑO

«Four nights will quickly dream away the time^[6]»
(SHAKESPEARE: «El Sueño de una noche de verano», Act. I. Esc. 1.^a)

DESTRUCCIONES MISTERIOSAS

Henri Corteau apagó su cigarrillo aplastándolo despiadadamente contra la dura superficie del cenicero. Luego, con una serie de movimientos automáticos, en los que no intervenía para nada su conciencia, volvió a abrir su pitillera, llevóse un nuevo cigarrillo a los labios y después de que su mano recorriese la parte izquierda de la mesa de despacho, encendió con su mechero, que acababa de encontrar a tientas.

Voluptuosamente, lanzó la primera bocanada de humo hacía el techo, siguiendo, con la mirada distraída, la dilatación del cono azulado que había salido de su boca.

Durante unos instantes hizo lo posible para alejar la mirada del plano que tenía extendido sobre la mesa. Hubiese dado todo el oro del mundo por haber podido conciliar un sueño reparador que su organismo necesitaba urgentemente.

Pero jamás podría entregarse a tal placer sin antes resolver el problema que hacía más de treinta horas le tenía clavado en el sillón, comiendo en el despacho y sin esperanzas de salir de allí.

Inconscientemente, como si el círculo luminoso que la lámpara dibujaba sobre el mapa le atrajese sin remedio, volvió a mirar aquellas curvas de nivel, sobre cuyo fondo marrón había trazado tantas líneas de color.

Un suspiro de fastidio brotó de sus labios. Con una mano nerviosa, tornó a remover el cúmulo de papeles que había amontonado a su derecha. ¡Cálculos y más cálculos! Cifras en las que había puesto sus esperanzas y el deseo de encontrar una pronta solución a aquel enigma insoluble.

Su dedo índice derecho volvió a recorrer las líneas paralelas que indicaban la extensión de las plantaciones. Luego, con un gesto de cansancio que ya era imposible dominar, dejóse caer sobre el blando respaldo del sillón y, entornando los ojos, rememoró aquellos extraños acontecimientos.

La primera imagen que apareció en su mente fue la del jefe Departamental de la S.F.C.N.^[7], monsieur Brand. Los labios de Brand se movían sin parecer emitir sonido alguno; pero Henri oía, en el interior de su cabeza, aquellas palabras que no podría olvidar jamás.

—«Puede usted estar satisfecho de este nombramiento, monsieur Corteau. Se trata de una ocasión única para que pueda demostrar la bondad de los procedimientos que dice haber descubierto. Espero, tanto como usted, que las cosas marchen bien. El gobierno, en esta época de penuria agrícola, no está dispuesto a realizar ensayos; pero, bajo su palabra de honor de devolver la suma invertida, en caso de fracaso, he convencido a mis superiores de la conveniencia de dejarle trabajar a su antojo».

—Tiene usted mi palabra de honor.

Al oírse contestar así, en aquella especie de película que se proyectaba en el interior de su propio cerebro, Henri sintió que un gusto amargo le subía a la boca.

¡Su palabra de honor!

La había empeñado, al mismo tiempo, una doble sensación; dos ideas completamente opuestas que expresaban, por una parte, la fe completa en su procedimiento nuclear de cultivo y, por la otra, la desconfianza que no podía dejar de tener en Brand.

Y todo aquello no era, en forma alguna, absurdo o disparatado, ya que monsieur Brand era, sencillamente, el padre de Josette.

La oportunidad que le habían dado no dejaba de ser una arma de dos filos, ya que si por algún procedimiento desconocido, Brand se había propuesto hundirle y, al mismo tiempo, demostrarle su inepticia ante los ojos de la muchacha, estaba realmente en camino de lograrlo.

Se levantó del sillón, haciendo un poderoso esfuerzo para vencer la inercia que le oponían sus miembros anquilosados por la permanencia prolongada en su asiento. Acercándose después al gran ventanal semicircular, que ocupaba la totalidad del saliente convexo de la estancia, abrió completamente la cristalera.

El amanecer dibujaba ya los contornos de los cercanos Pirineos como un conjunto de monstruosas gibas de cualquier fabuloso animal que dormitase sobre la Tierra.

Después hizo un esfuerzo intentando ver la plana extensión de tierra que ocupaba la cosecha que estaba sometiendo al tratamiento nuclear de su invención.

Sin poder verlos materialmente, se imaginó los tallos jóvenes de trigo entre cuyas raíces pasaba el fino cable, repleto de nudosidades, que emitían radiaciones controladas. Recordó entonces sus éxitos en la Tierra de sus mayores, en la lejana Bretaña, en donde consiguió cinco plenas cosechas de gramíneas en tres meses.

El agudo puñal del fracaso se clavaba ahora traidoramente en su corazón. Y, sobre todo, lo más horrible era que no podía explicarse lo que estaba ocurriendo...

En un principio, todo había ido maravillosamente bien. Una vez puesto en marcha el mecanismo de «bio-crecimiento» nuclear, los minúsculos granos de trigo se habían desarrollado velozmente y, en pocas horas, los blancos tallos, jóvenes, mas ya potentes, habían roto la tierra y asomado definitivamente su reducida cabeza sobre el suelo.

Después, como si se observase por medio de una máquina cinematográfica «acelerada», se pudo «ver» el crecimiento formidable que avanzaba de segundo en segundo.

En menos de dos semanas, las plantas tomaron un rubio color de maduración y las espigas, cargadas de granos gruesos y opulentos, que les obligaba a flexionarse, ofrecían un magnífico aspecto.

Luego, de repente...

¡Era inexplicable!

Los granos habían caído y desaparecido muchos de ellos; las espigas, tronchadas por un viento invisible, ofrecían una lamentable visión y la cosecha entera se había perdido definitivamente.

¡Era el fracaso total!

Mientras observaba negligentemente cómo los picos montañosos se aureolaban de matices violetas, Henri sopesaba la verdadera significación de la palabra «fracaso».

Para él, además de la nefasta publicidad que arruinaría su carrera de Ingeniero Agrónomo, aquel golpe de mala suerte significaba la pérdida de la primera ilusión de su vida.

¡Josette!

Entornando los ojos obligó a su memoria gráfica a que colocase ante el, el rostro de la mujer amada. Inmediatamente, en la difusa oscuridad de su conciencia, se recortó un óvalo femenino en el que destacaban dos bellísimos ojos azules y unos labios intensamente rojos. Después, a medida que los recuerdos iban concretando otros detalles, una rizada cabellera rubia bordeó el rostro contribuyendo a realzar la belleza que emanaba de aquella imagen.

Deseando alejar de su mente todas aquellas ideas que no hacían otra cosa que aumentar su dolor, abandonó el despacho. Al pasar por vestíbulo se echó una gabardina sobre los hombros. Luego, descendió automáticamente las escalinatas que conducían al exterior.

Sobre su cabeza el tejido brillante de las estrellas iba palideciendo progresivamente y las sombras empezaban a huir a la llegada de la luz, haciendo que los objetos se dibujasen de una manera más concreta, más definida y que, en aquella luminosidad incierta, hacían creer que las cosas flotaban en un espacio nebuloso.

Atravesó la plaza que se extendía ante la casa, tornando después el camino principal que dividía la plantación en dos partes iguales. A ambos lados, las manchas del trigo yacían tristemente tronchadas como si inclinasen su cabeza ante un fatalismo superior a sus fuerzas.

Alejándose, Corteau avanzó hacia el centro de la plantación. Una brisa matinal hacía que sus cabellos despeinados le cayesen sobre la frente.

Fue entonces, cuando levantó los ojos de la tierra, mientras meditaba profundamente las misteriosas causas de su fracaso, cuando vio una especie de raro enjambre que, a su proximidad, ascendía rápidamente hacia el cielo, desapareciendo tan deprisa como habían aparecido.

Henri, después de hacer un vano intento, con la idea de capturar a alguno de ellos, se encontró en medio del sembrado, con las manos vacías y los ojos fijos en el lugar del espacio por donde aquella misteriosa bandada de puntos negros y minúsculos había desaparecido.

¡Ahora empezaba a explicarse el asunto!

¡Qué estúpido había sido! No contó, ni un solo momento, con la posibilidad que algunos insectos pudiesen estropear su magnífica cosecha. En realidad, no había visto nada sospechoso en la atmósfera de aquella región que había sido previamente tratada con toda clase de insecticidas de la más alta potencia.

A pesar de todo, una sonrisa de esperanza se pintó en su rostro, haciendo huir las profundas arrugas que lo cruzaban. Las cosas podrían arreglarse y con un poco más

de esfuerzo su triunfo estaría plenamente asegurado.

Volvió a su despacho, convocando una reunión urgente con todos sus ayudantes. Cuando éstos estuvieron sentados ante él.

—He descubierto, hace muy poco —empezó a decir—, una bandada de insectos que no he llegado a identificar. De todas formas, podemos explicarnos ahora la causa de nuestro fracaso. Esta noche se apostarán ustedes en diversos puntos estratégicos de la plantación. Luego, con sus aparatos proyectores de insecticida, matarán a esas molestas bestias. Mañana podremos hacer el pertinente informe y empezar a sembrar rápidamente. La única cosa que habremos perdido será una lamentable semana; pero con su colaboración, de la que les estoy sinceramente agradecido, podremos obviar este primer fracaso. Muchas gracias.

Una vez solo, Henri, que ya era incapaz de mantenerse en pie, se acostó hundiéndose rápidamente en un profundo sueño...

Cuando se despertó lo hizo de una manera sobresaltada, sintiendo como una rara y extraña sensación de peligro. Se había sentado en el lecho y, a través del gran ventanal abierto, miraba las lejanas constelaciones que brillaban en el cielo.

Le costó un buen rato reagrupar sus ideas hasta que recordó lo acontecido el día anterior. Sus hombres debían estar vigilando la llegada de los insectos para destruirlos.

Dejando de tocar aquel importante tema, su mente tornó a llevarle a los momentos que precedieron su despertar. Había oído un grito; de eso estaba seguro y se esforzaba ahora en poder recordar en que había soñado para ser despertado por aquel espantoso alarido infrahumano.

Vistióse rápidamente. Deseaba comprobar la marcha de los trabajos y saber si la misteriosa bandada había vuelto a la plantación. Luego de ponerse su cazadora de cuero encendió un cigarrillo, preparándose después un poco de café en el hornillo eléctrico.

Tomó el contenido de la taza, saboreándolo mientras se dejaba arrastrar por ideas optimistas. No dudaba ahora que lograría un rotundo triunfo en sus experiencias y que, finalmente, Brand tendría que considerarle como un partido excelente para Josette...

Un grito espeluznante, que parecía salir de una garganta agónica, rasgó el tremendo silencio de la noche.

Corteau se precipitó a la ventana, intentando perforar la oscuridad reinante con los ojos. Pero después de aquel grito, en todo semejante al que había oído en el mismo instante en que despertaba, el silencio tornó a caer como una pesada losa sobre la noche.

Salió de la casa, tras haberse apoderado de una pistola eléctrica. Su nerviosismo iba aumentando a medida que se adentraba por el camino principal. Incapaz de mantenerse callado, con aquella especie de pánico que se apoderaba de él, empezó a llamar a gritos a sus ayudantes.

—¡Charles!... ¡Pierre!... ¡Jean!...

Escuchó atentamente.

Durante unos segundos, el silencio fue tan intenso como siempre. Luego, a su izquierda, empezó a sentir algo parecido al sonido que haría un cuerpo arrastrándose.

Su dedo índice se pegó sólidamente al gatillo del arma. Aquel misterioso susurro iba creciendo de intensidad...

—¡Alto!... ¡Voy a disparar!

Era, en realidad, una situación insostenible. Algo para lo que ningún sistema nervioso humano, por muy endurecido que fuese, estaba preparado.

—¡Alto! —repitió.

—¡Soy Pierre, señor Corteau!... ¡No dispare!

Se adelantó hacia el lugar del que había brotado aquella lastimosa voz. Al cabo de unos pasos, su pierna derecha tropezó con un cuerpo inmóvil.

¡No había traído linterna!

Se maldijo interiormente de aquel incomprensible olvido. Por otra parte, Pierre continuaba completamente inmóvil.

Sin dudarle un momento más, cargóse con el inánime cuerpo de su ayudante sobre la espalda. Luego, con paso vacilante, debido a la blandura del terreno, avanzó hacia el camino principal. Una vez allí, sobre el suelo duro, pudo empezar a caminar más deprisa en dirección a la mansión.

Cuando subía las escaleras que conducían a la entrada, que había dejado abierta, sintió que respiraba con mucha dificultad. El peso del cuerpo de Pierre parecía haberse duplicado y fue con un verdadero suspiro de satisfacción que lo dejó caer sobre uno de los divanes que amueblaban el hall.

Fué entonces, al volverse para contemplar lo que le había ocurrido a su ayudante, que un grito de horror, que le fue imposible reprimir, brotó de su garganta.

El cuerpo que tenía ante sí ofrecía un aspecto repelente. Toda la parte derecha, brazo y una gran porción de tórax, estaba reducida a una masa negruzca, carbonizada, contraída y en todo semejante a un barro pastoso.

Sin pensarlo más, Henri se precipitó al aparato telefónico, demandando, de urgencia, la presencia de un doctor. Luego, proveyéndose de vendas, algodón, gasa y un tubo de polvos de sulfamidas, intentó realizar una primera cura, reprimiendo dificultosamente las náuseas que aquel espectáculo terrible le producían.

Lentamente, el desdichado ayudante fue recobrando el conocimiento. Después, cuando sus ojos se abrieron, sus pupilas se clavaron intensamente en las de su jefe. Había en aquella mirada una rara súplica que Henri adivinó y rechazó en una centésima de segundo.

—¡No! —repuso con voz abogada.

—¡Remátame, Corteau! Jamás volveré a ser un ser humano, sino una repugnante piltrafa...

Aquello era verdad; una verdad que se veía por sí misma. Pero la petición del

desesperado Pierre no encontró eco alguno en su superior.

—¿Qué ha pasado? —inquirió éste.

El otro volvió a cerrar los ojos como si deseara ver, en el interior de su conciencia, aquellas escenas que sus labios casi no se atrevían a relatar.

—¡Ha sido horrible! —exclamó trémulamente.

Henri sabía que no era necesario insistir. Atraído por la visión que en aquellos momentos se había posesionado de su espíritu, Pierre relataría todo sin necesidad de preguntarle.

En efecto, después de unos instantes de silencio, el ayudante del Ingeniero Agrónomo balbuceó algunas palabras ininteligibles antes de empezar a narrar lo que le había acontecido.

—«El primero que oyó el grito de Jean fue Charles. Aconsejándome de permanecer en mi sitio —yo era el que estaba más cerca de él— se avanzó hacia el lugar en que había gritado nuestro compañero. Yo no estaba intranquilo y creía que Jean se habría hecho daño con alguna cosa que en la oscuridad no había llegado a ver... —hizo una pausa durante la que respiró ansiosamente como si el aire faltase a sus pulmones—. Entonces —dudó otra vez antes de seguir— oí perfectamente que Charles lanzaba un aullido terrible. ¡Ya no pude contenerme más y corrí hacia ellos para ver lo que pasaba exactamente! Le juro, señor Corteau, que creí que se trataba de algún cepo que un loco o un estúpido hubiese colocado entre el trigo... Pero cuando llegue...

Se detuvo, sin duda incapaz de encontrar palabras que pudiesen explicar los horrores que estaba reviviendo su mente. Un sudor helado perlaba su frente y seguía manteniendo los ojos fuertemente cerrados como si temiese que al abrirlos aquella visión demoníaca tornase a aparecer ante él.

Por su parte, Henri estaba pendiente de los labios del otro y esperaba ansiosamente la reanudación del relato.

—Cuando llegué junto a mis compañeros —siguió diciendo el ayudante— me percate de que ambos habían muerto. Nada me era posible hacer en aquella tremenda oscuridad y no me atrevía a encender mi linterna, por miedo a que me ocurriese lo mismo que a Jean y Charles —respiró profundamente—. Hasta entonces estaba seguro de que mis compañeros habían sido atacados por algunos desalmados que habían bajado de la montaña..., pero, de repente, cuando mi primera emoción hubo pasado y fui capaz de encender la linterna, pude descubrir el origen de todo aquello, Unas diminutas esferas, que producían un sonido raro al moverse, habían caído, como una plaga de langosta, sobre el trigo. ¡Había muchas, muchísimas! Puedo afirmar que varios miles, y al encender la linterna, toda aquella bandada se movilizó brutalmente en una escandalosa huida...

La extrañeza se pintaba en el rostro de Henri. También la incredulidad se estaba abriendo paso en él. Con un gesto amistoso tomó el pulso de su ayudante. La temperatura, en razón de las pulsaciones, setenta, era normal.

Después de aquella pausa, Pierre siguió hablando.

—No tengo fiebre, señor Corteau —dijo con un ligero esbozo de sonrisa entre sus pálidos labios—. Todo cuanto le acabo de contar, como lo que falta, es nada más que la pura verdad y no el producto de una alucinación, aunque si me lo contasen a mí tampoco lo creería —una tos violenta le sacudió bruscamente el cuerpo. Luego, más calmado—. Una de aquellas horribles esferas, que estaba situada a menos de dos metros de mí, se había quedado rezagada y la idea de apoderarme de ella me acaparó por completo. Todavía no era capaz de asociar la muerte de mis compañeros con aquellos minúsculos objetos. Además pensaba complacerle llevándole un ejemplar de “aquello” que había destrozado el trigo. Cuando alargué la mano, siempre enfocando con la linterna, la esfera ascendió un poco, muy poco, y, de repente, lanzó algo parecido a un rayo rojo. Inmediatamente, un dolor espantoso me hizo dejar caer la linterna, que debió estrellarse al tiempo que perdía el conocimiento».

Abrió nuevamente los ojos, fijándolos sobre los de Henri. En su rostro, contraído por el dolor, se «veía» la prueba de que todo cuanto acababa de contar era la realidad pura.

El siseo de un helicóptero sacó a Corteau de su ensimismamiento.

Momentos más tarde, un hombre alto, que se presentó como el doctor Frémont, estaba arrodillado junto al herido. Después de realizar una somera observación de las heridas, se hizo ayudar por Henri y entre ambos lo llevaron al lecho del Ingeniero.

—Déjemelo solo, por favor —rogó el médico al percatarse del poco estado de ánimo que tenía el otro.

Henri esperó más de una hora en la salita que precedía su dormitorio. Durante todo aquel tiempo, el joven intentó vanamente ordenar las ideas que le asaltaban por todas partes, como una furiosa jauría. Veía moverse por la habitación todo un ejército de diminutas esferas, con la sola esperanza de poder determinar su naturaleza.

¿Sería una nueva clase de insectos desconocida aún por los entomólogos?

¿Una de las lluvias radioactivas que se hubiese posado previamente en algunos corpúsculos de regular tamaño?

Desde luego, si se quería creer en las palabras que había dicho Pierre, era imposible encontrar una explicación lógica a todo aquello. Las heridas del ayudante demostraban palpablemente el carácter eminentemente agresivo de aquellas esférulas, fuesen de la naturaleza que fueran. Su voracidad quedaba plenamente demostrada por los formidables estragos que habían causado en la cosecha de ensayo.

—Señor Corteau...

Era el doctor que había salido del dormitorio sin que el joven se diese cuenta. Este levantó la cabeza que, hasta entonces, había mantenido sujeta entre sus manos.

—¿Doctor? —inquirió.

Había una especie de luz agresiva en las pupilas del médico que no gustó nada a Henri.

—¿Con que ha sido herido ese hombre? —preguntó a su vez el facultativo.

Los labios del ingeniero intentaron moverse para poder explicar todo lo que sabía. Pero algo le detuvo. ¿Le creería aquel hombre?

—¿No le ha dicho nada, Pierre?

—Ha muerto —fue la inesperada respuesta.

Un escalofrío de terror recorrió la espalda de Corteau. Su rostro palideció de repente y un indomable temblor agitó sus dedos de forma ostensible.

—Ha sido un accidente —balbuceó—. Un accidente cuyo origen no se ha encontrado aún... Mi cosecha ha sido destrozada y mis hombres —recordó a los otros—, Jean y Charles, han muerto también —acabó diciendo.

En los ojos del otro no había ni la más pequeña luz de comprensión.

—Me veré obligado a comunicar esto a las autoridades —dijo con un tono implacable en la voz.

Al quedarse solo, Henri meditó lo que podría resultar de la amenaza del médico. Hacia solamente algunas horas que pensaba que todo su problema se había resuelto o estaba en camino de resolverse afortunadamente. Pero, ahora, ante los hechos que se precipitaban sobre él como un alud formidable, cualquier posible salida se había cerrado para siempre...

La policía no tardaría en llegar y Henri habría de repetir una historia inverosímil en la que solamente creía él. Las tres muertes que se produjeron aquella noche caerían sobre sus espaldas y una vez encerrado no tendría posibilidad alguna de rehacer sus experiencias. Además, Josette se perdería para siempre...

Sintió cómo la afilada tenaza del miedo se apoderaba de él. Algo en su interior protestaba vivamente contra todo lo que le amenazaba, convirtiéndole en un vulgar criminal ante los ojos de la Sociedad. De esa misma Sociedad cuya aprobación estaba buscando obtener.

Dirigiéndose a la alcoba, echó una última mirada al cuerpo de Pierre. Sobre el rostro del muerto se pintaba un horror indecible que decía mucho más que el relato de que había hecho participe a su jefe.

¡TENÍA QUE HUIR!

Preparó un pequeño maletín en el que guardó precipitadamente todo lo que le pareció le sería de alguna utilidad. Luego, mientras lo cerraba, la pregunta apareció brutalmente en su mente.

¿HACIA DÓNDE IR?

No había más que un lugar asequible rápidamente; los Pirineos. Allí podría ocultarse durante algún tiempo; hasta que se produjeran nuevas muertes, causadas por las misteriosas esferas de que había hablado Pierre y probasen automáticamente su inocencia. Debería esconderse bien, pues los helicópteros de la policía, tanto francesa como española, no dejarían de buscarle una vez se comunicase su huida.

¡HUIR!

Sólo ahora se percataba de la terrible gravedad que escondía aquel vocablo. En muy poco tiempo se había convertido en una sucia especie de criminal que sería

perseguido y muerto sin contemplación alguna. Toda la Prensa del mundo, todas las televisoras, transmitirían su imagen señalándolo como un peligro social... y monsieur Brand podría sonreír tranquilo al comprobar que el peligro que amenazaba su hogar y sus proyectos respecto a Josette habían desaparecido.

Furtivamente, como si su inconsciente le hubiese dotado ya de una manera de conducirse en armonía con su nuevo estado, atravesó la salita, dirigiéndose al hall en donde estaba situada la salida.

Fue al llegar al vestíbulo, cuando se dirigía a la puerta, que el doctor había dejado abierta, que se sintió petrificado, incapaz de la menor reacción, con los ojos clavados, hipnotizado, ante la silueta que se destacaba ante él.

El ser que estaba allí plantado, a menos de tres metros del lugar en que Henri se encontraba, medía más de tres metros y medio de altura. Sus proporciones anatómicas eran perfectas y la belleza de sus potentes líneas atléticas sobrepasaba toda la imaginación de los antiguos griegos en cuanto a estética masculina.

Quizás lo que más extrañaba, produciendo un indescriptible pánico, era el tamaño colosal de aquella criatura que, por lo demás, reproducía exactamente en su cuerpo el aspecto de un ser humano.

Henri se estremeció.

¡AQUEL FABULOSO SER NO ERA NINGÚN HABITANTE DE LA TIERRA!

ASGH EL CRUEL

Hundidos en la terrible noche del Espacio, los «micro-robots» de Saturno avanzaban hacia la Tierra por el interior de la luz, cuya velocidad no podían alcanzar.

Mantenidos dentro de la vibración lumínica e impelidos por el choque constante de los «fotones», seguían un procedimiento original del «cibernético», el pueblo de Saturno, o lo que había escapado a la muerte del Planeta, vogaba hacia el lejano globo terráqueo a cerca de cien mil kilómetros al segundo.

En su esfera, especialmente preparada, Asgh leía sobre la pantalla de su «micro-radar» la situación de la masa emigratoria de los que, a partir de aquel momento, serían sus rendidos súbditos. Nada se opondría a que fundase un colosal Imperio en un cuerpo celeste que poseía las maravillosas condiciones que la Tierra gozaba. Era muy fácil mandar cuando se procuraba la felicidad que cortaría, en su raíz, cualquier movimiento contra un poder que habían descubierto y puesto al alcance de todos un verdadero Edén.

Desligado de su cuerpo, que yacía completamente desecado, Asgh se complacía en forzar a su potente cerebro en la preparación de los planes con los que llegaría a dominar todo el Sistema Solar. Las maravillosas criaturas que llevaba consigo formarían un pueblo lleno de vigor que no se limitaría a vivir en el Planeta hacia el que se dirigían. Dentro de algún tiempo, los ojos de los Hijos de Saturno se volverían al Espacio por donde habían llegado, manifestando su deseo de seguir sus conquistas.

Sus pensamientos se dirigieron pronto hacia la bella Wügs, que caminaría, soñando también como él, en medio de aquel torbellino de luz.

¿Qué importaba que la joven soñase aún en el joven general Stgw?

Cuando conociese la verdad, cuando se percatase de que su amado, igual que su padre y sus amigos, no habían llegado al final de aquel fantástico viaje, sería muy fácil explicarle que algún accidente se habría producido.

Todas sus ideas se concentraron en la naturaleza del Planeta que se proponían abordar. Los estudios astronómicos que se habían hecho en Saturno parecían ser concluyentes en lo que se refería a que la Tierra no poseía otra vida que la vegetal. Si algún planeta estaba habitado, además, naturalmente, de Saturno, sería Marte, ya que las sombras de su vegetación ofrecían un curioso aspecto de ordenación que parecía responder a la mano de algún ser inteligente.

En los minúsculos aparatos de control de su robot, Asgh, a través de la micro-pantalla, situó la marcha de su pueblo. Faltaban pocos minutos para que entrasen en colisión con la atmósfera terrestre y, por lo tanto, se hacía necesario abandonar el camino de la luz, ya que el choque con la atmósfera de la Tierra, a cien mil kilómetros por segundo, significaría la destrucción completa de los «micro-robots» y de sus tripulantes.

Transmitió la señal de desviación a todos sus hombres. Inmediatamente, las veinte mil esferas salieron de la ruta luminosa quedando flotando en el vacío y

esperando las órdenes de Asgh.

Los minúsculos motores, que utilizaban como escape el tubo destinado a alimentarse en los primeros tiempos y a la salida del terrible rayo destructor, con el que les había dotado el «cibernético», se pusieron en marcha impeliendo a las esférulas hacia la masa pétreo de la Tierra que se veía ya como un inmenso globo sobre ellos^[8].

Como un rocío extraño, los «micro-robots» avanzaron prestamente por entre las capas nebulosas que envolvían el Planeta. Después, disminuyendo su marcha, terminaron de atravesar la oscura mancha que había debajo.

—Por este lado es de noche —pensó Asgh.

Amortiguando aún más la velocidad de sus minúsculos vehículos, los Hijos de Saturno se posaron sobre la Tierra. La oscuridad que les rodeaba hacía inútil cualquier investigación con el radar de a bordo. El «cibernético» transmitió un mensaje para tranquilizar a los más impacientes.

—Hasta que amanezca —dijo— permaneceremos aquí sin movernos. Luego que la luz vuelva a este Planeta, un grupo de soldados, al mando de mi general Hjkil, realizará un reconocimiento detallado del que me procurara una información completa. Inmediatamente procederemos a hidratarnos para tornar posesión de nuestro Imperio.

Durante toda la noche, ninguna de aquellas criaturas pudieron conciliar el menor asomo de sueño. Los cerebros se anticipaban a las delicias que gozarían en aquella maravillosa tierra. También los recuerdos hacia los que habían quedado en Saturno hirieron a los más afectuosos.

La joven princesa no podía separar su imaginación de los suyos. Había encontrado las palabras de Asgh demasiado duras. Pero con la hidratación, cuando volviese a encontrarse junto a sus amigos, junto a su padre y no lejos de Stgw.

La llegada del alba demostró al «cibernético» que se habían posado sobre una agreste región montañosa. Sobre las «micro-pantallas» el paisaje ofrecía una belleza que para los Hijos de Saturno, acostumbrados al eterno atardecer de su Planeta, constituía algo inaudito. Hasta la princesa, arrobada en la contemplación de tanta maravilla, olvidó, por unos instantes, de pensar en sus seres amados.

—¡General Hjkil! —ordenó Asgh—. ¡Láncese con sus soldados al reconocimiento de esta región!

Las minúsculas esferas desaparecieron seguidamente, impulsadas por sus diminutos, mas potentes motores.

El tiempo que tardaron en regresar pareció eternamente largo para todos. Asgh estaba nervioso y su ansia de conocer lo que el general le diría, le irritaba contra un tiempo que tardaba mucho en deslizarse.

Por su parte, la princesa sentía deseos de convertirse en lo que antes era, una hermosa mujer que buscaría a su amado. Quizás su padre no ofrecería ahora la resistencia que oponía contra su ensueño amoroso y hasta podía ocurrir que el jefe del

Gobierno, Zlw, cediese al fin...

La patrulla de «micro-robots» regresó unas cuantas horas después de su marcha. Guiadas por sus pilotos, se posaron en las cercanías del lugar en que estaba el «cibernético». El general Hjkil informó seguidamente.

—¡Hay habitantes en este planeta, Asgh! Son muy parecidos a nosotros, pero de menor estatura. Su civilización está muy adelantada, por lo que hemos podido observar.

El «cibernético» sintió una rabia intensa.

—¿Están armados? —inquirió.

—No he visto nada, en cuestión de armas, pero por los detalles que hemos contemplado, los habitantes de la Tierra no serán unos enemigos demasiado cómodos. ¡Tendremos que luchar duramente!

¡LA TIERRA HABITADA!

Nunca hubiese creído tal cosa. Las informaciones de los astrónomos de Saturno decían todo lo contrario. Por el momento, las esferas debían permanecer en el sitio en el que se hallaban, hasta encontrar una manera de poder empezar una guerra sin cuartel contra aquellos seres que, naturalmente, se opondrían a la conquista de su propio Planeta.

Un poco más tarde, mientras Asgh meditaba sobre todo aquello, empezaron a llegar a su «micro televisor» las primeras quejas.

¡LOS HIJOS DE SATURNO TENÍAN HAMBRE!

El «cibernético» no había contado con que el problema de la alimentación se presentase tan pronto. De todas maneras estaba obligado a resolverlo cuanto antes.

—Esta noche —ordenó— podremos dirigirnos al llano. Las informaciones recogidas por el general Hjkil nos indican que existe una zona repleta de vegetales aptos para que los absorbamos con nuestros aparatos.

En efecto, cuando las sombras envolvieron los altos picos de los Pirineos, el pueblo emigrante de Saturno se deslizó hacia las partes bajas de las colinas. A la luz difusa del atardecer, las esferas parecían una bandada de pequeños objetos que la luz, de vez en cuando, hacía brillar intensamente.

Como bestias hambrientas cayeron sobre la plantación de trigo de la granja experimental en la que trabajaba Henri. Durante la primera noche consiguieron lo que se proponían sin tropiezo alguno. Pero durante la segunda, los ayudantes del Ingeniero hubieron de ser muertos con los terribles rayos de los «micro-robots».

AMIGOS DEL ESPACIO

Henri quedó como fascinado ante la colosal figura de aquella criatura que ocupaba ampliamente el dintel de la puerta por la que había penetrado, indudablemente, bajando la cabeza.

El extraño ser le miraba también, con la misma curiosidad que sentía el joven, pero, indudablemente, con mucho menos temor. Durante los emocionantes segundos que siguieron, los dos hombres —si podía llamarse así a los dos— se mantuvieron en una posición expectante.

La criatura de la Tierra, a pesar del terror que la sobrecogía, fue la primera en romper el pesado silencio que se cernía sobre la estancia.

—¿Quién es usted?

Había preguntado en francés y repitió la cuestión en varias lenguas; el desconocido movió la cabeza negativamente. Aquel gesto hizo comprender a Henri que se trataba de un ser inteligente y su temor disminuyó un tanto.

Luego, sirviéndose de un lenguaje que podía ser entendido por todo el mundo, se dio en el pecho, al tiempo que pronunciaba su nombre.

—¡Henri!

El gigante esbozó una sonrisa mostrando una doble hilera de dientes de una blancura nívea. Después, imitando al terrestre, se golpeó el tórax.

—¡Stgw! —exclamó.

Aquella profusión de sonidos emocionó al joven. Todas las consonantes representaban una vocalización que le recordó inmediatamente un lenguaje europeo que conocía elementalmente: ¡El checo! Había estado en Praga varias veces y ahora le había parecido que aquel extraño ser empleaba una lengua que tenía mucho de semejante con la que se hablaba en Checoslovaquia.

Sin dudarle un momento más inició una conversación que, al principio, le descorazonó por completo. Pero a medida que se expresaba y que el otro contestaba, un entendimiento primario, una comprensión sencilla se estableció entre ellos. Henri se percató de que algunos vocablos checos eran entendidos por el otro y aunque no expresaban nada claro, o muy poco, la forma de pronunciación de ambos lenguajes era muy semejante.

El gigante le hizo comprender que tenía hambre y Corteau se apresuró a llevarle a la cocina. Una vez allí abrió el frigidaire y contempló atónitamente el feroz apetito de su extraño compañero.

Poco a poco, merced a la inteligencia de los dos seres, llegaron a entenderse. Lo hicieron de una manera simple; quizás un poco como los indígenas al hablar con los hombres blancos. Pero, finalmente, Henri pudo escuchar la fantástica historia de aquel maravilloso ser.

Todas las ideas de Henri se aclararon cuando el desconocido, ya no lo era tanto porque el francés le llamaba, con cierta dificultad, Stgw, señaló sobre un Atlas

astronómico el lejano Saturno.

—Vengo de allá —dijo.

Luego, cuando el Ingeniero le preguntó de que manera, el otro, apoderándose de un lápiz y un papel, dibujó una pequeña esfera, explicó su mecanismo de una manera demasiado compleja para Henri y cuando finalmente encontró un símil para explicar el tamaño natural de la esfera, el francés comprendió que se encontraba ante uno de los seres que habían destrozado su cosecha y asesinado a sus ayudantes.

Cogido por una extraña emoción, sintió un escalofrío que le recorría la espalda. Sin embargo, algo de aquella criatura de Saturno le impelía a no desconfiar de él. En los rasgos del gigante se leía una bondad que no planteaba duda alguna.

Fué aquello lo que decidió a Corteau.

—¡Ven conmigo, Stgw! —le dijo.

El otro le siguió confiada y amistosamente hacia la alcoba del Ingeniero. Allí, ante el cadáver de Pierre, Henri vio cómo el otro palidecía al contemplar las monstruosas heridas del pobre ayudante. El Ingeniero no tuvo menester de explicarle que las pequeñas esferas eran las culpables de aquel horrendo crimen.

—¡Ha sido Asgh! —rugió el general—. Asgh, el «cibernético». El asesinó, antes de su marcha de Saturno, al buen rey Igh IV, a los sabios más grandes de nuestro Planeta y robó a mi amada, la princesa Wügs...

Sus potentes músculos estaban contraídos por la rabia que le dominaba y Henri retrocedió inconscientemente, percatándose de que caer entre aquellos brazos era sencillamente ir a la muerte.

Con no pocas dificultades logró explicar a su nuevo amigo el desarrollo del ataque realizado por los «micro-robots», la destrucción de la cosecha y los fatales resultados que todo aquello tendría para él. Le planteó después la necesidad de huir de aquellos lugares y esconderse, por el momento, en algún lugar de la montaña hasta que las cosas se aclarasen.

Stgw asintió entusiasmado. Poder tener a su lado uno de los habitantes de la Tierra era para él algo muy preciado. Luego, con voz entrecortada por la emoción.

—¡Tengo que destruir a Asgh! —exclamó—. Iremos a esas montañas y buscaremos a mi pueblo. Estoy seguro de convencerles de que se han puesto en manos de un asesino. Entonces pediremos asilo a las autoridades de la Tierra y viviremos, en el lugar que nos designen para ello, en franca amistad con vosotros. No queremos guerra y sí creíamos que este Planeta estaba deshabitado, nuestro error es siempre arreglable..., si ese canalla de Asgh no se lanza a una invasión que satisfaga sus odiosos sentimientos de mando y sus ambiciones sin límite.

Cuando salieron de la mansión de Henri, un Invisible pero potente lazo de amistad unía a los dos seres. Las notables diferencias que entre ambos existían, como naturales de dos mundos distintos, se habían desdibujado ante un objetivo común que les mantenía unidos en una especie de juramento que no había sido pronunciado.

Al comenzar a escalar las primeras pendientes pirenaicas, Corteau pudo ver un

denso grupo de helicópteros que avanzaban hacia su abandonada «villa». Tocando el brazo de su compañero.

—¡Mira, Stgw! Son los policías que se acercan a mi casa para prenderme...

El gigante contempló curiosamente los aparatos. Luego, sonriendo.

—¡Asgh pagará sus crímenes y mi pueblo vivirá en armonía con el tuyo!

INQUIETUD

En el interior de su «micro-robot» —larva inmunda— el «cibernético» Asgh temblaba de rabia mal contenida.

La existencia en la Tierra de habitantes inteligentes y que habían alcanzado un grado de civilización muy superior a lo que él imaginaba, daba al traste con su esperanza de dominar al Planeta de una manera rápida y contundente.

Por otro lado, Asgh, que conocía perfectamente las características de su pueblo, temía que éste se cansase muy pronto de vivir en el interior de las incómodas esferas y se lanzase, bajo el mando de algún audaz, a una aventura de la que él, naturalmente, se encontraría excluido.

La ambición del «cibernético» no podía soportar, ni en idea, la posibilidad de que las riendas de su futuro Imperio se escapasen de sus manos. Toda su labor; todos los trabajos y hasta los crímenes que había cometido en Saturno, justificaban cualquier cosa, por muy loca que fuese, de forma a contentar a los Hijos de Saturno y empezar la gran tarea histórica que el mismo había trazado a los prófugos del lejano Planeta moribundo.

Insistentemente anclado a sus ideas lamentaba también la tardanza de su ayudante Rowl. ¿Qué le habría pasado? Confiaba en aquel hombre que, desde un principio, se había entregado en cuerpo y alma a sus proyectos. Estaba seguro de la marcha automática del mecanismo que habría de enviar a Rowl hacia la Tierra y la única explicación de su tardanza podía explicarse por alguna anomalía en los aparatos de dirección.

Incapaz de detener un instante más la marcha de sus proyectos y la rabia que de ellos emanaba, llamó a su presencia al general que, como su ayudante ausente, gozaba de su máxima confianza.

Cuando Hjkil estuvo junto a su esfera, el «cibernético» conversó largamente con él a través de la pantalla televisora de que estaban dotados todos los «micro-robots».

—¿Estas seguro de lo que dices? —inquirió.

Hjkil volvió a darle dos detalles que aquella pregunta implicaba.

—Esa población de que te hablo, Asgh, es muy importante. Y, sobre todo, estoy seguro que los Laboratorios que posea pueden servirnos para defendernos, cosa que deberemos hacer al poco tiempo de ocuparla.

Hubo un corto silencio. En su pantalla, Hjkil vio el rostro de su jefe contraído por un profundo ensimismamiento.

—Lo que solamente deseo —dijo el «cibernético» como si hablase consigo mismo— es poseer los mínimos elementos para realizar el «rayo rojo». Todas las armas de los habitantes de este Planeta no servirán de nada contra la nuestra.

Otro corto silencio se apoderó de la comunicación. Asgh meditaba profundamente.

—¿Qué se dice entre los nuestros?

El general tardó algo en contestar. La pregunta no era de las que tenía una fácil respuesta.

—Todos están algo furiosos —dijo al fin—. Sus ilusiones se han visto truncadas al encontrarse con un Planeta poblado y civilizado. Muchos desean, si tardas en resolver el problema, en hidratarse por su cuenta y riesgo.

Un gruñido furioso brotó de la garganta de Asgh.

—¡Eso nunca! —rugió—. Toma las disposiciones y asegura que el ataque a esa población se haga enseguida. ¡Nada de piedad! Puedes estar seguro que ellos no la tendrán con nosotros. Deseo que la población quede completamente limpia para que podamos asentarnos completamente —hizo una pausa—. Además —prosiguió con un tono de voz cruel— dejaremos un millar de soldados en sus «micro-robots». De esta forma podremos espiar a nuestros enemigos y atacarles en cualquier sitio.

—¿Pero y si ellos se hidratan a pesar de todas las órdenes? —La voz de Hjkil temblaba un poco al formular aquella pregunta.

Asgh dejó escapar una risotada estridente.

—¡No te preocupes por eso! —replicó—. Ya pensé en ello antes de salir de Saturno. Hay un millar exacto de esferas que no pueden convertirse enseres normales. ¡Les privé del aparato de hidratación y están soldadas especialmente! ¡Sus moradores estarán obligados a esperar la muerte en su encierro!

El general sintió una sensación de malestar que le invadía. Su alocamiento, producto del pavor que le habían producido las últimas palabras de Asgh, fue vencido con un gran esfuerzo. Su primera idea fue la de acercarse a cualquier arroyo y deshacerse de la maldita cápsula en la que estaba encerrado. Una espantosa claustrofobia se apoderó de él. El solo pensamiento de estar encerrado a perpetuidad allí le produjo verdaderos escalofríos de horror.

El «cibernético» pareció haber adivinado los pensamientos pesimistas de su lugarteniente.

—Tu «micro-robot» esta dotado del mecanismo hidratador —dijo con una voz cautelosa—. No tengas miedo alguno, Hjkil —y después de una pausa—. De todas formas es conveniente que no olvides que poseo otros métodos, aún más terribles, para castigar a los que se revelan contra mi poder.

El general no lo dudaba ni un solo momento.

—Yo te obedeceré en todo —exclamó vivamente.

—Muy bien. Por el momento lo que necesito es que el ataque a esa población se realice esta misma noche. Una vez hayáis destruido a todos sus habitantes regresarás para comunicarme la buena nueva. ¡LOS HABITANTES DE ESTE MALDITO PLANETA PUEDEN EMPEZAR A TEMBLAR!

¡ATAQUE!

Atomicville respondía a los deseos de sus creadores. Situada en las estribaciones de los Pirineos Orientales y extendiéndose hacia antiguas ciudades, no lejos de Perpignan, ocupaba una enorme extensión de terreno sobre el que se levantaban los formidables laboratorios nucleares de Francia.

Después de la «Ciudad Nuclear» española, situada en el fondo de un valle de la cadena montañosa del Guadarrama, no lejos del Gran Madrid, Atomicville era la segunda aglomeración de investigación nuclear en Europa.

Cientos de sabios, miles de ayudantes y profesores secundarios y muchos empleados vivían allí, lejos del mundo y sus turbulencias, enfrascados en los nuevos problemas que planteaba la materia desde la lejana Era Atómica.

Además de las construcciones superficiales, cientos de kilómetros de intrincadas galerías y depósitos subterráneos surcaban, en todas direcciones, el subsuelo de Atomicville.

En la Sección Civil, los hogares privados de los especialistas daban a éstos la posibilidad de hacer, después de su intenso trabajo, una vida hogareña que les servía de amable y confortable reposo, sin abandonar las instalaciones, en donde pasaban más de la mitad de su vida, trabajando para que otros hombres lo hiciesen menos...

En una época en la que la paz parecía haber sido conquistada de una manera definitiva, la ciudad Atómica francesa no estaba dotada de ningún sistema de defensa militar. Tan sólo los mecanismos de alarma, para impedir la entrada en la ciudad a los no dotados de un permiso especial, mantenían apartados los curiosos y hasta los desaprensivos.

Nadie hubiese podido imaginar lo que se precipitaba sobre Atomicville.

Más allá de la mitad de la noche, en lo más profundo del descanso cotidiano, una nube de «micro-robots» se acercaba velozmente a la ciudad atómica que estaba sumida en la oscuridad y en el silencio.

El general Hjkil mandaba la potente formación a la que había dado órdenes concretas respecto a la forma de proceder al ataque. Nadie, absolutamente nadie —y de eso estaban seguros los Hijos de Saturno— podría oponerse a su entrada en los edificios, en los laboratorios y en los hogares de los sabios.

Mientras un centenar de esférulas realizaba un reconocimiento detallado de las instalaciones y su disposición, en el aire, envueltos en la densa oscuridad de la noche, los «micro-robots», con sus repugnantes larvas inhumanas en su interior, esperaban la orden para lanzarse a una correría de destrucción y de sangre.

Allá arriba, entre el polvo luminoso de las estrellas, Saturno, envuelto en los anillos que le privaban de luz y de calor solar, agonizaba...

A la orden de Hjkil, la Muerte cayó sobre la ciudad científica. Penetrando desde el Espacio, introduciéndose por todas partes, las esferas fueron lanzando su terrible «rayo rojo» sobre todos los seres vivos que encontraron en su camino.

Los ayes de los moribundos, los gritos desgarradores de los que intentaban huir vanamente, para ser muy pronto alcanzados por sus perseguidores, se elevaban del recinto de cemento como un grito colectivo de horror que moría tan pronto como acababa de nacer.

Una hora más tarde, Atomicville no era más que un inmenso cementerio de pobres cadáveres quemados y deformados por la acción del «rayo-rojo». El silencio mortal que se había hecho no era roto más que por el zumbido terrible que hacían los «micro-robots» al trasladarse de un lado para otro.

Al amanecer, el cortejo superior, llevando en su seno a todas las hembras de los Hijos de Saturno, a cuya cabeza iba el Estado Mayor y su propio jefe, Asgh, hizo su solemne entrada en la ciudad de los Hombres.

Inmediatamente, el cibernético dio la orden de proceder, individualmente, a la hidratación de los cuerpos. Como medida de precaución, hizo que los mil condenados a vivir siempre en las esferas, formaran parte de un cuerpo de vigilancia que envió al espacio.

La alegría que se apoderó de los nuevos súbditos de Asgh, al conocer la orden de «hidratarse», alcanzó insospechados límites. A una velocidad increíble, se lanzaron sobre los depósitos de agua de la ciudad atómica.

A medida que sus cuerpos volvían a tomar su natural aspecto, los primeros que se hidrataron se miraban como si fuese la primera vez que se viesen.

Jamás se había visto una pareja alegría en aquellos seres que temían estar condenados en el reducido espacio de su transparente prisión. Gritaban, reían y bailaban como poseídos por una locura optimista.

Después de pasados los primeros momentos de gozo, todos sus sentidos se vertieron en la natural curiosidad que les llevaba a descubrir, por vez primera, el mundo al que habían llegado.

Las escenas cómicas se desarrollaron por doquier, a medida de que se percataban de que todos los objetos humanos eran demasiado pequeños para ellos. Los lechos, las sillas, las mesas; en fin, todo cuanto había servido para lo que habían muerto, guardaba muy poca relación con la dimensiones gigantescas de los Hijos de Saturno.

Entretanto, Ashg, rodeado de su guardia personal, recorría las instalaciones científicas lanzando una ojeada crítica a los fabulosos aparatos allí encerrados. Interiormente, estaba francamente maravillado al comprobar el alto grado de civilización científica de los habitantes de la Tierra.

Y aquella convicción que se iba anclando en su espíritu le llenaba de naturales temores. La potencia de los terrestres —de ello iba estando cada vez más seguro— era francamente formidable. Solamente la rápida puesta en marcha del «rayo rojo» podría resolver un problema de defensa que no tardaría en plantearse.

Constantemente, los mensajeros de la parte civil de su pueblo llegaban a consultarle mil detalles distintos. Finalmente, el cibernético se vio obligado a delegar en el general Hjkil todo lo referente a la organización de la nueva población. Este,

contento de haber comprobado su transformación en su apariencia normal, estaba dispuesto a obedecer ciegamente a su amo.

Al atravesar una de las salas de los laboratorios, Asgh sintió unos pasos femeninos que se cercaban velozmente. El «cibernético» giró de talones, apercibiendo la esbelta figura de la princesa que se precipitaba hacia él.

La joven, al llegar a la altura del hombre, se detuvo, tardando algunos segundos en hablar, ya que su respiración, por la precipitada carrera que había hecho, le impedía decir una sola palabra.

—¿Dónde está mi padre?

Asgh titubeó durante unos instantes. Luego, incapaz de dar una respuesta adecuada a la pregunta que acababa de formularle.

—No lo sé, princesa —repuso, acompañando sus palabras con una sonrisa hipócrita.

En los ojos de la muchacha se pintó una luz de franca sospecha.

—¿Y el general Stgw?

—Pues tampoco puedo responderle. No olvide que un millar de los nuestros están realizando una misión importante, todavía dentro de los «micro-robots».

La joven no pareció estar demasiado convencida.

—Eso está bien por el general. Pero estoy segura que mi padre debía de encontrarse al mando de sus súbditos —después de lanzar una mirada circular a su alrededor—. ¿Dónde están Zlw, el jefe del gobierno, el físico y el biólogo?

Asgh no pudo contenerse más.

—¡Basta ya de preguntas! —Sus pupilas brillaban intensamente—. ¡El dueño del nuevo Imperio soy yo, Asgh I! ¡Todos los demás han desaparecido y me debes respeto y obediencia absolutos! —Se volvió al jefe de su guardia— ¡Encerradla en un sitio seguro!

La princesa hizo todo lo posible para lanzarse sobre aquel malvado. Pero los potentes brazos de los guardias la retuvieron fuertemente, haciendo inútil todo esfuerzo.

Una vez que la muchacha hubo desaparecido, conducida por sus guardianes, el «cibernético» prosiguió su paseo por el interior de los laboratorios que había arrebatado a los habitantes de la Tierra.

Visiblemente complacido por el resultado de su inspección, se rodeó de un grupo de ayudantes con la intención de iniciar seguidamente las investigaciones científicas para preparar el «rayo rojo».

Entre tanto, un grupo de especialistas se hacía cargo de las instalaciones de Radio y Televisión de la ciudad atómica. Encontrando una gran similitud entre aquellos aparatos y los que poseían en Saturno, les resultó sumamente fácil comprender su manejo y su alcance.

Pudieron así captar una serie de emisiones que les pusieron en contacto con la civilización del Planeta que se proponían conquistar. De todas formas, no tardaron en

comprender que la lucha habría de ser intensamente cruenta, ya que, por lo que estaban observando, los terrestres tenían en su poder poderosas armas de combate.

Los informes fueron llegando, uno tras otro, al laboratorio en el que trabajaba ya intensamente el «cibernético». Este pudo mostrarse satisfecho al ir comprobando que la potencia destructora del «rayo rojo», el arma más moderna de Saturno, sobrepasaba a todas las que estaban en posesión de los habitantes de la Tierra.

Unas horas más tarde, la patrulla de esferas que había ido a realizar la exploración ordenada, volvió a la ciudad atómica, siendo recibida directamente por el general Hjkil. Este, después de conversar con los jefes de formación, descendió al laboratorio para comunicar sus impresiones al «cibernético».

—Están muy molestos —informó—. Todos ellos desean hidratarse como los demás.

Asg h se frotó el mentón, profundamente pensativo. Después de un largo rato de intensa reflexión.

—¡No podremos nunca mantenerlos a nuestro lado! Lo mejor es decirles la verdad y que se vayan a donde deseen —una sonrisa cargada de cinismo entreabrió sus finos labios—. No tardarán mucho en ser destrozados por el enemigo. Además —agregó dirigiéndose directamente al general— puedes comunicarles que si se atreven a acercarse aquí otra vez serán destruidos sin piedad.

Hjkil se estremeció involuntariamente. La dureza de aquel monstruo le dolía intensamente, ya que aquellos a los que se condenaba a morir eran, pese a todo, hermanos de raza.

Una hora más tarde, diez mil criaturas de Saturno, con la espantosa certeza de que estaban condenados a perpetuidad a vivir como larvas en las minúsculas esferas, se alejaban tristemente de la ciudad atómica, maldiciendo mil veces la crueldad de aquel poseso en el que habían tenido la debilidad de confiarse.

CONTRAOFENSIVA

Caminando por los lugares más escabrosos de los Pirineos, Henri y su amigo de Saturno marchaban enfrascados en una animada conversación hacia algún lugar en el que pudiesen iniciar tranquilamente sus planes de lucha contra Asgh el Cruel.

A medida que se comunicaban nuevas cosas en el lenguaje del Hijo de Saturno, que Corteau iba aprendiendo rápidamente, la simpatía que ya les unían, desde un principio, iba arraigando profundamente en sus almas.

Tanto para uno como para otro, el descubrimiento de sus respectivas civilizaciones y modos de vida les iba abriendo un horizonte de conocimientos que jamás hubiesen soñado poseer.

En el fondo de un valle tuvieron la suerte de descubrir un hotelito abandonado que constituyó para ellos un estimable hallazgo. Una vez tomaron posesión del pequeño edificio, que constaba de dos plantas, saciaron el feroz apetito que la larga caminata había abierto en sus respectivos estómagos.

El descubrimiento de un moderno aparato de televisión colmó de gozo a los dos amigos que, después del succulento almuerzo, se dispusieron a tomar contacto con el mundo y conocer el estado de las informaciones referentes a la huida del ingeniero.

Pero la sorpresa de éste fue simplemente desconcertante.

—El Misterioso ataque —decía el speaker— realizado durante la noche pasada a Atomicville ha asumido a las autoridades en un problema del que no podemos dar información concreta alguna. El descubrimiento de dicho ataque nos ha sido proporcionado directamente por los propios agresores que, este mediodía, han radiotelevisado un mensaje dirigido al jefe del gobierno francés y conminándole a permanecer tranquilo, sobre todo en el aspecto militar, hasta que se preparen los documentos por los cuales Francia será sometida al nuevo poder de los que han ocupado la ciudad atómica.

La sorpresa en los círculos oficiales ha sido enorme. Pero, para la tranquilidad de los habitantes de este país, agregaremos rápidamente el contenido del último mensaje oficial de nuestro gobierno, especialmente dirigido a la Nación:

Una situación que no sabemos calificar si de ridícula o grotesca, provocada por algún grupo de criminales, que se han aprovechado de la falta de defensas de “Atomicville”, para provocar un absurdo plante y una ridícula amenaza, ha llegado hasta nosotros. El Gobierno de Francia ruega a todos los ciudadanos que se mantengan fuera de todo

este asunto que compite solamente a las autoridades del Gobierno y del Ejército. Que nadie haga eco a los absurdos comentarios que sobre la invasión a la Tierra, por seres de otro Planeta, han empezado a circular. Dentro de muy pocas horas, la ciudad atómica será reducida y severamente castigados, con la pena de muerte, a todos los extraños que se encuentren en su interior.

Acabamos de dar lectura al último comunicado oficial sobre la cuestión de Atomicville. En la próxima emisión, comunicaremos las últimas noticias a este respecto.

Henri no podía dar crédito a sus oídos. Íntimamente soliviantado por lo que acababa de oír, era incapaz de decir la menor cosa. Fué su amigo, el joven general de Saturno, el que le rogó le tradujese a su lengua todo lo que acababa del decirse en el televisor.

Después de explicar detalladamente todo lo que había dicho el Speaker.

—Todo esto demuestra palpablemente —siguió diciendo el ingeniero— que los «micro-robots», mandados por ese canalla de Asgh, han atacado una indefensa ciudad científica, apoderándose de unos maravillosos medios técnicos que costarán muchas vidas el recuperarlos. Si, como afirmas, ese «cibernético» es un hombre inteligentísimo, los laboratorios que ha capturado le servirán para mantener en raya, durante algún tiempo, las Fuerzas Armadas que mi Gobierno envíe para combatirlo.

Stgw quedó pensativo.

—Lo más terrible que puede ocurrir —dijo al cabo de un largo rato de silencio— es que Asgh logre fabricar el «rayo rojo».

—¿El «rayo rojo»? —inquirió curiosamente Henri.

El general de Saturno asintió con la cabeza.

—Se trata de un arma importantísima; la más potente de todas las que poseíamos en nuestro Planeta. Yo conozco perfectamente el proceso de su fabricación y puedo decirte que es una aplicación directa de los rayos cósmicos.

—¡No podemos permanecer más tiempo aquí! —exclamó Corteau—. Si debo ser encarcelado, lo prefiero todo antes que el poder de ese monstruo se extienda sobre la Tierra.

Durante un buen rato permanecieron frente a frente, sumidos ambos en pensamientos que no tenían nada de optimismo. Para el terrestre, la preocupación máxima era la de poder convencer a las autoridades de que todos aquellos rumores sobre habitantes de otro Planeta expresaban la desdichada realidad. Quizá la presencia del general de Saturno pudiese convencer al Gobierno francés de que el

país se hallaba ante un peligro desconocido.

De mutuo acuerdo, convinieron en que a la mañana siguiente saldrían para entregarse a las autoridades y prevenirlas de la espeluznante amenaza que se cernía sobre la Tierra.

El joven general no podía conciliar el sueño. La dulce imagen de Wügs le perseguía de tal forma, que vióse obligado a salir a dar un paseo entre los altos pinos que rodeaban la villa. Sobre él, el firmamento ofrecía la inmensidad del Espacio, en el que parecían flotar los brillantes puntos de los mundos distantes.

Profundamente conmovido, Stgw buscó entre aquellas miríadas de estrellas el mundo en que había vivido, luchado y amado. No tardó mucho en descubrir al lejano Saturno, y al pensar que aquel bello Planeta estaba agonizando, las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡No debíamos haber salido jamás de tu seno, Saturno! —exclamó en voz alta, como si sus pobres palabras pudiesen llegar hasta la lejana y brillante esfera del mundo abandonado—. ¡Tu maldición caerá sobre nosotros por haber huido del Destino que no era más que el tuyo! Vale más morir bajo la débil luz de un lejano sol, en el mundo donde vivieron nuestros mayores, que vivir en otro que no nos ha sido destinado. Y cuando sobre todas las desdichas de un pueblo se agrega la de tener a su mando un pobre demente, esclavo de una loca ciencia con deseos de debilidad, la desgracia es aun mucho mayor y el perdón mucho más difícil. ¡Maldito seas mil veces, mil, ambicioso Asgh!

Fue entonces cuando sintió el zumbido de algo invisible que le rodeaba. Extrañado, clavó sus ojos en la intensa oscuridad de la noche, intentando descubrir lo que producía aquel extraño ruido.

A poco, cuando sus ojos se habituaron completamente a la oscuridad y que su mirada rasgó las tinieblas que se cernían en su derredor, percibió una multitud de minúsculas esferas que zumbaban en todas direcciones pasando, cada vez, más cerca de él.

Sintiendo una sensación rara en sí mismo, el joven general se dio cuenta de que sus hermanos le rodeaban. No había en la actitud de los «micro-robots» nada que significase idea de ataque contra Stgw.

—¡Si al menos pudiese comunicar con ellos!



Pero careciendo de la «micro-pantalla» de que estaba dotada su esfera, el joven no podía entender lo que los de su raza querían comunicarle. Finalmente, una idea atravesó el cerebro del general.

Extendiendo su mano derecha, se apoderó, suavemente, de uno de los «micro-robots» que volaban a su alrededor. Los otros, al ver que Stgw se dirigía hacia la casa, le siguieron mansamente como una bandada de inocentes pájaros.

Una vez en el interior, el joven general, después de colocar la esfera sobre la mesa, desmontó la parte posterior del aparato de televisión, conectando más tarde un fino hilo a la extremidad del tubo que brotaba del «micro-robot».

La imagen del Hijo de Saturno, que pilotaba el minúsculo vehículo, apareció, agigantada, en la pantalla de aquel aparato que había sido hecho por los Hombres.

Con un gesto de repugnancia y de incredulidad pintado en el rostro, el general escuchó de los labios de su hermano la traición horrible que había hecho el «cibernético» a aquel millar de soldados, condenándolos a morir en el interior de sus malditos aparatos que no volverían a abrirse jamás. Luego escuchó también el cobarde ataque a la ciudad atómica y el bárbaro asesinato colectivo que se había perpetrado allí.

A su vez, el joven puso en conocimiento de su compañero de lo que había visto en Saturno, antes de que el arrepentido Rowl le hubiese facilitado la huida.

—¿Tú, quién eres? —inquirió Stgw.

—Soy Trfük, comandante del ejército que ha sido traicionado por el «cibernético». Todos nosotros estamos convencidos de la clase de muerte que nos espera. El haberte encontrado, general, ha sido una maravillosa noticia después de nuestro desencanto. ¡Estamos a tus órdenes! Nuestra única esperanza es la de poder castigar, como merece, a ese despreciable ser que nos ha condenado.

En aquel instante, Henri, que había sido despertado por el ruido que hacía el joven general y las voces del aparato televisor, descendió las escaleras, quedándose asombrado ante el espectáculo que tenía delante.

Stgw le explicó, en pocas palabras, el formidable giro que había dado la situación. La presencia de los mil «micro-robots», dispuestos a luchar contra Asgh, hacían variar totalmente los planes que habían concebido ambos amigos.

—Mientras tus compañeros atacan la ciudad atómica —propuso Corteau—, nosotros nos presentaremos a las autoridades, y para demostrarles la absoluta veracidad de nuestras manifestaciones, les llevaremos dos de estas esferas, cosa que será, naturalmente, irrefutable.

Todo aquello le pareció excelente al joven general. Pero lo que quedaba de noche se pasó en un continuo hablar con muchos de sus compañeros, que deseaban oír de los labios de Stgw la terrible verdad acerca de la traición del «cibernético». Además, se discutió ampliamente el plan de ataque a las huestes que mandaba Asgh.

—Lo más importante —sugirió el general— es sorprenderlos de la misma manera que ellos lo han hecho con los habitantes de esa ciudad. Asgh y sus compinches

esperarán, sin duda alguna, un ataque de los terrestres. Pero jamás podrán pensar en que vosotros tentéis volver en contra de ellos. Vuestro diminuto tamaño os facilitará enormemente la tarea —hizo una pausa—. No olvidar que las mujeres no deben sufrir ataque alguno y, si es posible, que vuestra furia caiga solamente sobre aquellos que se han encumbrado bajo el mandato de nuestro enemigo.

A medida que las monstruosas imágenes de aquellas descarnadas cabezas aparecían en la pantalla del aparato de televisión, Henri hacía sobrehumanos esfuerzos para evitar las náuseas que todo aquello le proporcionaba. Nunca hubiese llegado a imaginar la posibilidad de una aventura tan extraordinaria como la que estaba viviendo.

Finalmente, al acabar la última conversación que su amigo tuvo con el jefe de los «micro-robots», Trfük, las esferas, formando una formidable bandada, se perdió en la honda oscuridad de la noche para llevar a cabo una justicia que parecía estar más allá de las distancias y de los Planetas...

Henri, profundamente conmovido, quedóse contemplando el lugar por el que habían desaparecido los «micro-robots».

—¡Buena suerte! —exclamó sin poderlo evitar.

LA TRAGEDIA DE UN IMPOSIBLE

A bordo de un poderoso avión a reacción, el ingeniero, su amigo el joven general de Saturno y los dos fantásticos seres encerrados en las diminutas esferas volaron hacia París, acompañados de las autoridades, a las que se habían presentado.

En los rostros de los hombres que iban con ellos se pintaba aún la sorpresa que les había causado el descubrimiento de que les hizo partícipes Henri Corteau.

A pesar de todas las seguridades que el joven agrónomo les había dado, se mantenían en la parte trasera del aparato, no dejando de mirar, con terror, el lugar que ocupaban los dos amigos y los monstruosos pilotos de los «micro-robots».

Nada había costado al ingeniero convencer a las autoridades. Mensajes ultrarrápidos habían cruzado el espacio, informando al Gobierno de los fantásticos hechos que se presentaban a la Humanidad. Y París, seriamente alarmado, había ordenado el rápido transporte de todos los personajes de la increíble historia, para que las autoridades de Francia pudiesen convencerse de la realidad de unos hechos que los propios observadores no llegaban aún a creer.

El moderno aeropuerto de Orly, completamente modificado para poder recibir los modernos bólidos del aire, estaba completamente ocupado por fuerzas de la Policía. Un estrecho cordón de gendarmes formaba un pasillo, por el que se vieron obligados a avanzar los recién llegados.

La enorme estatura del Hijo de Saturno despertaba la admiración general y se hubieron de tomar serias medidas para que el público, estacionado en los alrededores de Orly, no rompiese las densas filas de gendarmes, en su ansiedad de ver de cerca aquella extraordinaria criatura procedente de un lejano Planeta.

El Gobierno en pleno recibió, primeramente, al joven ingeniero. Este se vio obligado a explicar profusamente su inverosímil historia. Nada le extrañó de sorprender algunas sonrisas escépticas, a las que no hizo caso alguno. En efecto, cuando el general de Saturno fue introducido en el gran salón y mostró a los incrédulos las pequeñas esferas, que maniobraron ante los asistentes para dar prueba de su indiscutible realidad, todos, sin excepción alguna, sintieron un escalofrío que les recorría la espalda.

Minutos más tarde, después de rogar a Stgw, por medio del ingeniero que servía de intérprete, que guardase los dos terribles «micro-robots», pasaron aun salón adjunto, en el que le reclamaba el general en jefe del Ejército francés.

Una gigantesca pantalla de televisión ocupaba la totalidad de una de las paredes. Instantes después, de que todos se hubiesen acomodado en sus respectivos asientos, la pantalla se iluminó, apareciendo en ella una vista aérea de «Atomicville», la ciudad de la que se habían apoderado los Hijos de Saturno.

El altavoz rompió brutalmente el silencio. Por encima del ruido que hacían los motores del avión, desde el que se estaba televisando la ciudad atómica, la voz del speaker se dejó oír.

—La escuadrilla «X-799» va a proceder al bombardeo masivo de las instalaciones de la ciudad atómica. Procederemos, primero, al lanzamiento de explosivos de mil kilos, para demoler los edificios de la superficie. Después iniciaremos un bombardeo atómico, que se hará sentir en las instalaciones subterráneas. Nuestro aparato de observación, a gran altura, les irá proporcionando detalles visuales de la operación.

En voz baja, Henri explicó someramente a su amigo lo que la aviación francesa se estaba disponiendo a realizar. Cuando Stgw acabó de oír lo que decía Corteau, movió la cabeza dubitativamente.

—Es imposible —dijo en su lengua—; si el «cibernético» ha logrado fabricar su «rayo rojo», nada podréis contra él.

Uno de los miembros del Gobierno, que había oído, sin entender nada, la conversación de los dos amigos, demandó al ingeniero lo que acababa de comunicarle el gigante. Después de oírlo, el político lanzó una risotada.

—¡Estos seres nos toman por hombres primitivos! Ya veremos cuando hayan recibido un buen racimo de bombas atómicas si su célebre «rayo rojo» les sirve para algo.

La atención de todos los presentes se vio requerida por la pantalla televisora. Sobre ella, la escuadrilla de bombarderos se dibujaba sobre el fondo grisáceo de la ciudad atómica.

La voz vibrante del speaker se dejó oír de nuevo.

—Vamos a proceder a la primera fase del bombardeo. Dentro de, exactamente, treinta segundos, dejaremos caer el primer grupo de bombas que contendrán cada una mil kilos de trinitrotolueno.

Al apagarse la voz del locutor, el intenso ruido de los motores dominó el sonido que emitía el altavoz.

Lo que ocurrió entonces fue francamente terrible.

Una intensa y cegadora luminosidad brotó de allá abajo, de entre la compacta masa de grises edificios que se dejaban ver entre la escuadrilla de bombarderos. La luz, al chocar violentamente contra los aviones, redujo a éstos a un fino polvo, ya que había provocado la explosión de las cargas de bombas que contenían.

—¡EL RAYO ROJO!

Aquel grito había brotado de muchas gargantas a la vez. Ahora sí que todos se percataban del tremendo peligro en que se encontraba el Mundo. Jamás lograrían atacar a los Hijos del Saturno, mientras detectasen el terrible poder de aquel rayo aniquilador.

Sobre la pantalla no quedaba ya más que una ligera nubosidad, que no era otra cosa que la condensación de las partículas en que habían quedado reducidos los aviones. Finalmente, las luces del salón se encendieron, al tiempo que la pantalla se oscurecía definitivamente.

Entonces, alguien lanzó un inhumano grito de terror. Todos los presentes se volvieron hacia el lugar que había motivado aquel alarido.

¡Y LAS MIRADAS DE TODOS CONVERGÍAN EN EL HABITANTE DE SATURNO!

Henri volvió también su rostro hacia su amigo. De su garganta, como de la que el que había gritado primeramente, brotó un rugido infrahumano que era incapaz de expresar todo el horrible pavor que se había apoderado del ingeniero.

CASTIGO

Conducidos por su jefe Trfük, los «micro-robots» marchaban velozmente hacia la ciudad atómica que había conquistado Asgh.

Una idea les dominaba de una manera completamente absoluta. Saboreaban la venganza, que más era justicia, que iban a realizar. Unidos en su vuelo, mantenían constante comunicación, por medio del «micro-radar», con su jefe, que marchaba en cabeza.

Mucho antes de llegar a la antigua «Atomicville» perdieron notablemente altura, para evitar que el radar de la ciudad pudiera comunicar su presencia al ser que odiaban de una furiosa manera.

Penetraron en la ciudad atómica a ras de los primeros edificios. Luego, bajo las órdenes de Trfük, se dividieron en varios grupos, dirigiéndose cada uno de ellos a cumplir la misión que se les había encomendado.

Entretanto, el «cibernético», contento del triunfo obtenido sobre sus enemigos terrestres, cuyos aviones habían sido destrozados por el potente «rayo rojo», consideraba haber llegado el momento de posesionarse de la única cosa que consideraba más difícil que la creación de un nuevo Imperio.

Los guardianes de la celda en que yacía la princesa le abrieron respetuosamente las puertas y el «cibernético» se encontró, por vez primera, completamente solo ante la mujer a quien deseaba por encima de todo.

Wügs se levantó de su lecho al oír que la puerta de su prisión se abría. Una mueca de disgusto apareció en su rostro al percatarse de quién había entrado.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió.

El viejo Asgh avanzó lentamente hacia la muchacha. Raros brillos habían aparecido en sus pupilas y sus manos temblaban de deseo.

—Vengo —dijo— a comunicarte buenas nuevas. Tu padre, los sabios que creíste desaparecidos y ese general, llamado Stgw, han llegado a nuestra ciudad. Según me han comunicado, se desviaron de la ruta de la luz que seguimos nosotros...

Una radiante alegría embelleció aún más el rostro de la joven princesa. Al mismo tiempo, su corazón empezó a latir con más fuerza.

—¡Quiero verlo! —exclamó.

Una malévola sonrisa entreabrió los labios del «cibernético».

—Todo eso será posible si accedes a convertirte en la esposa de Asgh.

Ella, involuntariamente, retrocedió aterrada.

—¡Estas loco! —gimió.

—No estoy loco, princesa. Desde hace muchos años he estado espíandote escondido en los jardines de tu palacio. Desde hace mucho tiempo, has torturado mis noches de trabajo con tu presencia, en mi imaginación, que hacía que olvidase las tareas que me preocupaban. Toda mi lucha, todos mis actos y mis esfuerzos no han tenido otro objetivo que poseerte. ¡Para mi, el Imperio que pienso fundar, las futuras

conquistas de otros Planetas, la dominación del Universo entero, si tal cosa fuera posible, no significaría absolutamente nada de no poderlo poner a tus pies como un homenaje más a tu belleza! Sólo cuando estés desposada conmigo podrás volver a ver a tu padre y a tus amigos. Es una condición que nada ni nadie podrá hacer revocar.

Una barahúnda de ideas contrarias se apoderó del espíritu de la joven. Antes de contestar al «cibernético» se percató de que el Destino le acababa de jugar una mala pasada. Luego, convencida de que nada podría hacer contra la voluntad de aquel monstruo.

—Está bien —afirmó con voz vacilante—. Seré tu esposa, con la condición de que inmediatamente después de la boda vea a mi padre y a mis amigos.

Estaba segura de que al hacerlo así salvaba la vida de los seres a los que más quería. Ahora, que ya conocía la torva personalidad del «cibernético», sabía que nada bueno podría obtener de él si no accedía a sus inconfesables deseos.

Se dejó llevar, de la larga y huesuda mano de Asgh, hacia fuera de la estancia que le había servido de celda.

Siguiendo las órdenes del «cibernético», uno de los oficiales reunió en un inmenso salón subterráneo a la totalidad de los personajes del nuevo Imperio. Hombres y mujeres contemplaban, con una inconcebible envidia, la pálida tez de la princesa que, con la cabeza inclinada sobre el pecho, avanzaba hacia el personaje civil que habría de unirla, para siempre, al monstruoso ser que, lleno de orgullo, caminaba a su lado.

Una vez llegados al final del salón, Asgh, subiéndose sobre un mueble que habían dispuesto para el efecto, después de dirigir una mirada circular al gentío que tenía ante sí.

—Hoy es un día maravilloso en los anales de nuestro nuevo Imperio. Hace solamente unas horas que hemos derrotado a un enemigo que se creía lo suficientemente fuerte para atreverse a contrarrestar los deseos de los Hijos de Saturno. Después de esa formidable victoria militar, mi matrimonio con la bellísima princesa, última representante de la dinastía de los Uzl, convierte esta fecha en la más grandiosa de nuestra joven historia. Yo...

Un soldado acababa de penetrar velozmente en el salón y se abrió paso a codazos, intentando llegar lo antes posible a la proximidad del «cibernético». El murmullo de protestas que se había levantado entre los presentes interrumpió brutalmente el flamante discurso de Asgh.

—¿Qué ocurre? —inquirió con una viva cólera que lucía en sus pupilas.

Nadie le contestó, pero el silencio se hizo por completo.

Finalmente, el soldado, con el rostro descompuesto por el pavor que le atenazaba, llegó junto al «cibernético».

—¡Señor!

—¿Qué ocurre?

—¡Nos están atacando!

El puño derecho de Asgh se descargó contra el rostro del soldado.

—¿Cómo te atreves a interrumpir mi boda por un ataque de los estúpidos habitantes de este Planeta?

El soldado, que se había desplomado sobre sus rodillas, se irguió fatigosamente.

—¡Son los nuestros, Señor!

—¿Qué estás diciendo?

—¡Que son los nuestros, las huestes de Trfük que nos están atacando!

Una palidez mortal cubrió el rostro del «cibernético».

—¡Estas mintiendo!

Pero aquella exclamación no tenía valor alguno. Todo en el rostro del desdichado soldado demostraba palpablemente que lo que decía era solamente la realidad.

Lentamente, haciendo muestra de la cobardía en que se convierte, generalmente, la falsa osadía de los que han logrado una posición envidiable con la arma de la traición, el gentío que, segundos antes, alababa a su tirano, retrocedió, hacia las paredes, con el pavor pintado en los demacrados rostros.

—¡Quietos todos! —rugió Asgh—. ¡Aquí mi guardia! El primero que intente huir será muerto ante mis propios ojos —luego, volviéndose al que debía unirle en matrimonio, murmuró entre dientes—: ¡Cásanos!

Los miembros de la guardia se habían colocado en las salidas de la amplia estancia para evitar cualquier posible defección. Sus armas estaban dispuestas para disparar.

La delgada mano del «cibernético» se había vuelto a apoderar de la de la princesa. El oficial civil empezó a formular las preguntas de rigor.

—¿Deseas unirse en matrimonio con Asgh?

El silencio tenía algo de terriblemente doloroso. Luego, de entre los trémulos labios de la joven, brotó un suspiro que, poco a poco, se convirtió en una dulce afirmación de derrota.

—Sí.

—¿Deseas unirse en matrimonio con la princesa Wügs? —Tornó a inquirir el oficial civil.

El «cibernético», que miraba en los labios del hombre la formulación de la deseada pregunta, volvió los ojos hacia lo que había codiciado desde hacía mucho tiempo.

¡Un grito de horror se escapó de sus labios!

EL BELLO ROSTRO DE LA PRINCESA SE HABÍA CONVERTIDO EN ALGO REPUGNANTE. CENTENARES DE ARRUGAS CRUZABAN AQUELLA PIEL QUE, MOMENTOS ANTES, OFRECÍA LA NIVEA FRESCURA DE UN PÉTALO EMPAPADO EN ROCIO.

Pero aquella exclamación de horror que había escapado de los labios del «cibernético», se convirtió en un rugido general, cuando todos los presentes se miraron, pavorizados, los unos a los otros.

Muchos de ellos, convertidos en algo indescriptible, tan terriblemente viejos que parecían momias recién salidas de sus tumbas, se desplomaron sin vida, provocando un pánico general que nadie, ni la fuerte guardia, que había sufrido el mismo fenómeno, pudo contener.

¿SE HABÍA CUMPLIDO LA INEXORABLE LEY DEL TIEMPO?

En el lejano Saturno, que se movía lentamente por su larga órbita, alrededor del Sol, cada año, que medía exactamente una vuelta completa en torno del Astro Rey, duraba veintinueve años y medio terrestres. Allá, la ley del tiempo había seguido su cauce normal, contando los períodos de la vida de sus habitantes de acuerdo con la colosal duración de los días, de los meses y de los años.

Salidos de su Mundo, los pilotos de los «micro-robots», y su ambicioso director, el «cibernético» Asgh, habían olvidado que a medida que se alejaban del Sol, las órbitas disminuían de longitud y el tiempo entraba en nuevas medidas.

La ciencia de un Asgh, que había olvidado, con su soberbia inaudita, la relación de los tiempos en la Tierra, demostraba, una vez más, a qué horribles fracasos conduce el cerebro de los seres que se ensoberbian contra la grandeza de lo Creado.

Todo lo que significaba belleza para aquellos que soñaban con un nuevo Imperio, se presentó ante sus ojos con la horrenda cara de una fealdad varias veces centenaria.

La Vida no admitía trucajes en sus inexorables leyes. El Tiempo de la Tierra estaba hecho para medir la vida de sus pobladores. El Tiempo, para el lejano Planeta rodeado de multicolores anillos, había sido hecho para medir la larga vida de los Hijos de Saturno.

Los «micro-robots» que dirigía el justiciero Trfük, acabó, con asombrados ojos, con aquella decrepita raza en la que no podían reconocer los bellos ejemplares de Seres que habían sido sus hermanos.

La mano invisible de la justicia tuvo en aquellos «micro-robots» un ejecutante digno de la obra realizada...

Y, cuando horas después, una escuadrilla de bombardeo atómico dejó reducido a polvo el espacio que ocupaba Atomicville, la historia de aquella aventura cósmica cerraba, para siempre, sus últimas páginas.

EPILOGO

La campana del despertador parecía emitir una cristalina carcajada que llegó al cerebro de Henri a través de las nebulosidades que lo ocupaban por completo.

Sin darse mucha cuenta de lo que hacía, el joven ingeniero, con los ojos aun entornados, se apoderó de su batín y después de echárselo por encima de los hombros salió de la habitación.

Atravesando el gabinete, llegó a su despacho, donde, como siempre, había dejado la luz portátil encendida.

Un poco más despierte, dejóse caer sobre su sillón contemplando los planos que se extendían ante sus ojos. Atravesando el marrón claro de las curvas de nivel, una serie de líneas rojas señalaban la dirección de las plantaciones que estaba sometiendo a un nuevo tratamiento nuclear que había inventado.

Sin saber exactamente por qué, volvió a levantarse y acercándose al enorme ventanal curvo, apoyóse y contempló la tranquila noche que rodeaba todo.

Allá, al fondo del horizonte, las negras gibas de los Pirineos formaban una zona oscura sobre la que destacaba el brillante punteado del cielo.

Un temor incomprensible se apoderó del corazón de Corteau. Medrosamente, intentó perforar la oscuridad, sin lograr más que el pavor que sentía se clavase aún más profundamente en su pecho.

Estaba seguro que, dentro de pocos instantes, el horrible grito que lanzaría Pierre llegaría a sus oídos...

Quedóse pensativo, planteándose una tremenda cuestión, a la que no encontraba respuesta alguna.

¿POR QUE SABIA EL QUE PIERRE IBA A GRITAR?

La sensación de angustia que le dominaba, se convirtió en algo profundamente horrendo; como si su mente se estuviese desdoblado y algo desconocido, terrible, se apoderase de su espíritu.

«Me voy a volver loco», pensó.

El recuerdo de Pierre, seguido por el de sus compañeros, tornó a asediar su enfebrecido cerebro. Sin embargo, hizo lo posible por alejar aquellas pesimistas ideas lejos de si. No obstante, sus pensamientos seguían caminando por los mismos caminos.

Y, DE REPENTE...

Muy lejos, un grito rasgó brutalmente el pesado silencio de la noche. Henri, incapaz de dominar el pavor que se había apoderado de él, huyó velozmente hacia su habitación.

Después de tropezar con algunos muebles, de caer y levantarse, mientras el miedo le atenazaba la garganta y le dificultaba la respiración, el ingeniero llegó a la alcoba y a tientas intentó vanamente encontrar el conmutador.

—¿QUE TE PASA, HENRI?

Fué como si un cubo de agua helada le hubiese caído sobre la cabeza.

Inmediatamente, la tamizada luz de una doble lámpara, que reposaba sobre cada una de las mesillas de noche, iluminó ampliamente la estancia.

Lo primero que vio el joven fue su lecho abierto, en el que se dibujaba perfectamente la forma de su cuerpo...

Luego, al levantar la mirada, sus ojos tropezaron con el otro lecho gemelo.

Allí, SONRIÉNDOLE, ESTABA JOSETTE, SU ESPOSA.

Tardó bastante tiempo en romper las amarras que le mantenían sujeto al motivo que había provocado su angustia.

La joven, cubriéndose velozmente con un bata, se acercó a él.

—¿Otra vez, querido?

Él se dejó caer sobre el lecho mientras los delgados dedos de su esposa le acariciaban los cabellos. Lentamente, su mente fue posando los terribles recuerdos de algo que hubiese deseado olvidar para siempre.

—No puedo, Josette, no puedo —su voz tenía aún las trémulas entonaciones de alguien que sigue bajo el imperio del terror—. Tardaré mucho en olvidarlo... quizá no lo olvide jamás.

La mano derecha de su esposa se había apoderado de su mentón, obligándole a levantar la cabeza para hundir su mirada en los dos verdes lagos que eran los ojos de ella.

—Olvídalo, amor mío.

—¡Si pudiese! Es algo como una pesadilla que se negase a convertirse en un recuerdo de algo que ha ocurrido realmente. Y es que fue tan fantástico, tan tremendamente extraño, que la misma inteligencia humana se niega a admitirlo como otra cosa que un sueño —hizo una pausa mientras su mano se posaba sobre la de Josette apretándola con efusiva ternura—. Cada vez que recuerdo la horrible transformación de mi amigo en un viejo decrepito, con el rostro cruzado por miles de repugnantes arrugas que parecían los gusanos que lo estaban devorando, no puedo permitirme pensar que todos aquello: el general de Saturno, los «micro-robots», la fantástica historia de una princesa y de su amante que recorrió la infinitud del Espacio en pos de un amor que era completamente imposible. ¡No y mil veces no! ¿No lo comprendes, Josette?

Por toda contestación, la joven esposa se inclinó sobre el febril rostro de su marido. Al posar sus labios contra los de Henri, que ardían como ascuas, el fuego que consumía aquel amado rostro pareció ceder un tanto.

—Debes dormir, querido —imploró ella.

Henri le dirigió una mirada de profundo agradecimiento. Luego, como si estuviese hablando consigo mismo.

—Yo también, como el general de Saturno, he tenido que recorrer un terrible Espacio para lograrlo. Un Espacio repleto de problemas, de misterios, en una atroz lucha que, afortunadamente, ha sido coronada por un éxito rotundo —hizo una corta

pausa—. Pero cada noche que los terribles recuerdos me despiertan y me arrastran al borde de mi ventana, donde espero oír el agonizante grito de Pierre y vuelvo a pensar en todo lo que ha sucedido, no puedo dejar de recordar al pobre general Stgw que volaba en su esfera, como un Quijote de esta época fabulosa, en pos de una Dulcinea, cuyo amor no conseguiría jamás.

La mano de su esposa se posó sobre sus labios con la intención de hacerle callar.

—¡Todo ha sido como un sueño, Henri. No pienses más en ello, por favor!

—¡Un sueño! Eso es lo terrible, Josette. Lo espantoso es que no llego a definir claramente, que mi pobre cerebro no acierta situar todo esto en el sueño o en la realidad. Por una parte... ¡fue tan espantoso!; de otro lado... ¡fue tan bello! Una historia en que el horror, el sacrificio, el odio y el amor se mezclaron de tal forma que hicieron brillar el relato de mil luces, suaves a veces, cegadoras las otras. ¡Sí, querida mía, me gustaría que todo hubiese sido una horrible pesadilla de la que pudiese despertar alguna vez! Pero, queramos lo que queramos... ¡NO FUE UN SUEÑO!



ALAN COMET fue uno de los muchos seudónimos del escritor español Enrique Sánchez Pascual.

Otros seudónimos: Alan Star, Karl von Vereiter y Law Space.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Comenzó estudios de medicina, pero el inicio de la Guerra Civil le obligó a dejarlos.

Luchó en el bando republicano y, al terminar la guerra, se vio obligado a exiliarse a Francia, donde conoció a su esposa. Su regreso a España le costó cumplir condena en la cárcel de Figueras. En la posguerra trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos hasta que, animado por un amigo escritor, decidió dedicarse a la literatura.

Su trabajo para la editorial Bruguera le hizo trasladarse a Barcelona. Como era habitual en los escritores de posguerra, escribió en numerosos géneros además de la ciencia ficción, llegando a colaborar con Félix Rodríguez de la Fuente en una revista. Fuera de la ciencia ficción destacó como escritor de historias bélicas, llegando a convertirse en un experto en la Segunda Guerra Mundial.

En el género de la ciencia ficción su producción fue prolífica, llegando a escribir, literalmente, cientos de títulos para las editoriales Toray y Bruguera. Según su hijo escribía una novela por semana, si no más. Llegó, incluso, a crear su propia editorial, Mando, para la que escribió quince títulos bajo el pseudónimo de Alan Comet en una colección denominada Robot.

Falleció el 11 de marzo de 1996, a los 77 años de edad, en Sant Pere de Ribes, localidad próxima a Sitges. A decir de su hijo, Sánchez Abulí, su padre era una persona profundamente vital que se entusiasmaba con todo aquello por lo que se interesaba, inflamándose con constantes ideas y proyectos.

Notas

[1] «El dios va errando lentamente...» Nombre complejo con el que se conocía en la India antigua a Saturno. <<

[2] Saturno posee nueve Satélites: Mimas, Enceladus, Thethys, Dione, Rhea, Titán, Hyperium, Japetus y Phoebe. <<

[3] Masa ardiente del centro de los Planetas. Corresponde al núcleo ígneo de la Tierra.

<<

[4] Un año de Saturno corresponde a veintinueve años y medio terrestres. <<

[5] Es más corriente que en las novelas de «Anticipación» se describan toda clase de vehículos que, según los autores de tales obras, igualan o superan la velocidad de la luz. ¡Tal cosa es y SERÁ completamente imposible! Por mucha fantasía que se tenga, no se puede olvidar un grupo importantísimo de leyes físicas que demuestran, rotundamente, la posibilidad de que cualquier sustancia material pueda alcanzar la citada velocidad. Y, de una vez para siempre, nos creemos en la obligación de poner en conocimiento de los lectores de esta clase de libros que LA MATERIA, sea de la clase que sea, DEJA DE SER AL ALCANZAR LA VELOCIDAD DE LA LUZ. Sirva esta advertencia para los demasiado crédulos y para los autores que consideran bajo tal adjetivo a los que tienen la desdicha de leerlos. <<

[6] «Cuatro noches se habrán rápidamente disuelto en sueño». <<

[7] Société Française de Culture Nuclear. <<

[8] En el Espacio, las direcciones y sentidos no existen. El «arriba» o el «abajo» no tienen significación alguna. <<